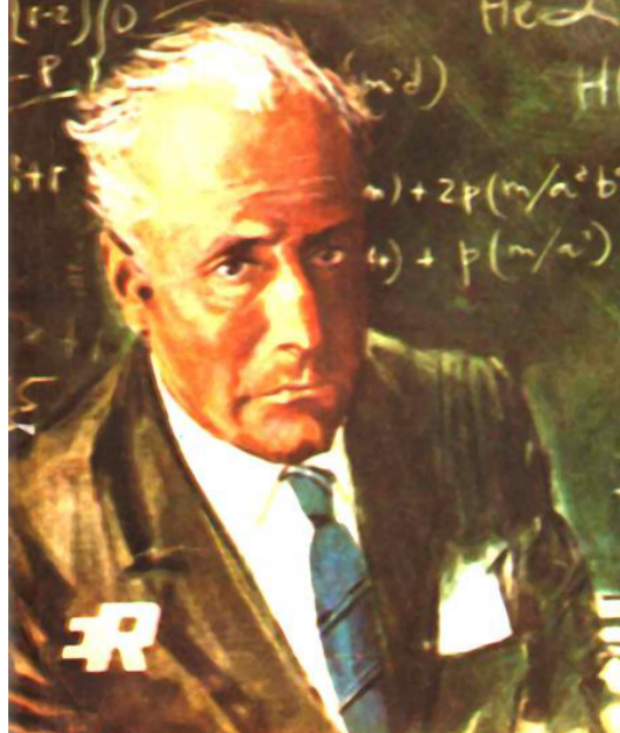


FBI

El OJO de ARGOS

CHARLES CASTLE



FBI



R

© Charles Castle
Derechos reservados por
EDITORIAL ROLLAN, S. A.
Amaro García, 17
Madrid-5. España.

Depósito Legal: M. 19.574-1968

Printed in Spain.

RAFAEL F. CARASA. Impresor. José Bielsa, 6. MADRID-19

CHARLES CASTLE

El ojo de Argos

Primera edición

EDITORIAL ROLLAN, S. A.
Amaro García, 17
Madrid-5. España.

I

AQUEL despacho tenía una sobria elegancia que le hacía extrañamente acogedor. Sentado tras la mesa de trabajo que presidía la estancia y teniendo a su derecha una gran bandera nacional, a la vez que un escudo representativo de la nación, colgado a su espalda y por encima de su cabeza, se hallaba un hombre de ya más de mediana edad que dejó la lectura del documento que sostenía en sus manos.

Raymond Marks, incomprensiblemente para él, se sintió un poco intimidado. Pese a su natural desenvoltura, a la práctica que su vida social le había dado y a que en realidad su nombre sonaba en las altas esferas de la nación, temió el momento en que hubiera de enfrentarse a la mirada de aquella persona que se disponía a abandonar su sillón para salirle al encuentro.

—Celebro conocerle, señor Marks... —dijo el hombre.

—Encantado, señor... —Fue su respuesta.

Ambos hombres se estrecharon las manos y el visitante, con un leve gesto, fue invitado a acomodarse en un sillón que se hallaba en uno de los laterales de la habitación. Raymond Marks vio cómo el hombre al que acababa de conocer se acomodaba frente a él y casi le sonreía.

Como la inmensa mayoría de los americanos tenía una idea un tanto concreta de la personalidad de aquel hombre, pese a que era la primera vez que se conocían personalmente. Y seguía sintiéndose como sorprendido en la presencia de John Edgar Hoover, director del Federal Bureau of Investigation, uno de los pilares en que se asentaba la seguridad de los Estados Unidos de América.

—Me han dicho que quería verme, señor Marks... —dijo el director del

F. B. I.,

mirando directamente a los ojos de su interlocutor.

Raymond Marks asintió, al tiempo que parecía volver a la realidad que le había hecho llegar hasta aquel despacho.

—Tengo cierto problema, señor... —empezó diciendo—, pero nunca pensé que fuera usted personalmente...

Hoover le atajó con un gesto.

—Me ha telefoneado el secretario de Defensa, señor Marks. Su problema, como todos los que afectan a la seguridad nacional, son de mi incumbencia, aunque luego pase a las manos que consideremos más capacitadas. ¿Le importa hablarme de él?

—¡Alguien está tratando de hundirme ignominiosamente, señor! —exclamó Raymond Marks, adelantando hacia el otro hombre una revista que había mantenido arrollada y sujeta con firmeza en su mano, desde que entró.

—¿Por qué no empieza por el principio, señor Marks?

—Sí, claro... Soy Raymond Marks y hace ya muchos años que me gradué en electrónica, señor. Tenía algunas ideas, aunque me faltaba la ayuda para desarrollarlas. Tuve comienzos difíciles pero fui saliendo adelante. Por último, conseguí que el Gobierno creyese en esas mismas ideas y me prestara su ayuda. Así es cómo en realidad nació la «Electronic Company Marks» y cómo mi vida empezó a tener una verdadera justificación... ¡Y todo parece que vaya a hundirse ahora!

—¿Por qué?

—¡Porque el mismo Gobierno está empezando a creer que soy un cochino traidor, señor Hoover!

John Edgar Hoover sonrió ligeramente.

—No son ésos los informes que yo tengo, señor Marks, pero no emplearé mi tiempo en disuadirle de su idea. Continúe, por favor...

—Hace años que trabajamos solamente para el Gobierno, señor. Trabajos que son el desarrollo de ideas mías y que hasta hoy siempre recibieron el beneplácito de todos y no me dieron otra cosa que fama, satisfacciones e incluso dinero.

—Imagino que esos trabajos son de carácter totalmente secreto, ¿no es así?

—¡Lo eran! ¡Yo creía que lo eran! Pero hoy, por un dólar y en cualquier librería, todo el mundo podrá comprar este ejemplar y

con él, ¡vea esto, señor!

Le presentó la revista que había mantenido en su mano, ya abierta por las páginas donde brindaba a los lectores las primicias de uno de los últimos avances de la técnica moderna. Un trabajo redactado en lenguaje capaz para los profanos e ilustrado con unos diseños que completaban las explicaciones.

—¡Es nuestro computador

R-26A!

—tronó Raymond Marks.

—¿Trabajo secreto? —preguntó Hoover.

—¡Naturalmente! ¡Y ni siquiera terminado! Pero en lo más sucinto ya se considera así, señor... ¡Y ese trabajo ha sido y es realizado con el dinero del Gobierno, para el Gobierno y por el Gobierno! ¿No se da cuenta?

El rostro del director del

F. B. I.,

adquirió una súbita dureza, aunque sus ojos siguieron mirando sin acritud al hombre que ante él parecía rayar en la desesperación.

—Esto se sale de un vulgar robo de secretos industriales, señor...

—¡Esto es una cochina traición! —dijo aceleradamente el ingeniero Raymond Marks—. ¡Pero es imposible que de allí haya salido nada!

—En tal caso, ¿no estarán confundiendo con otro aparato, señor Marks...? Estos computadores y máquinas prodigiosas se parecen bastante unos a otros.

—¡Éste es el

R-26A!

¡E incluso puedo jurar que esos trazos que se ven en uno de los diseños están hechos por mi mano!

Ahora fue Hoover el que le miró con incredulidad. Su larga experiencia siempre en lucha contra el delito le había dotado de lo que parecía casi una sensibilidad especial para detectar los más extraños efectos y reacciones. Esa misma experiencia también le enseñó que es muy difícil hablar de conocer a LOS HOMBRES, ya que CADA HOMBRE ES DISTINTO A LOS DEMÁS. Por tanto, para hacer esa afirmación, SE HARÍA PRECISO CONOCER A TODOS LOS HOMBRES. ¡Y aun así se correría el riesgo de fallar!

No obstante, hay otras percepciones que ayudan contra la

imposibilidad de esa tarea. John E. Hoover pensó rápidamente en el hombre que veía ante él casi al borde de la crisis nerviosa. ¿Un traidor Raymond Marks? Le faltaba lo principal: motivos. En el inverosímil espacio de tiempo que había mediado desde la llamada que recibiera del propio secretario de Estado, hasta el momento en que Raymond Marks franqueó la puerta de su despacho, J.

E. Hoover

había podido conocer todo cuanto sobre su visitante resultaba posible ser conocido.

La idea de una traición tenía que ser rechazada, de momento, en lo que al cerebro rector de la «Electronic Company Marks» se refería. ¡Pero Raymond Marks no era el único hombre de su Empresa con acceso a los secretos!

—Siendo así, la primera conclusión a que nos lleva es muy sencilla, señor Marks, aunque no por ello resulte agradable: su sistema de seguridad está fallando... o alguien lo hace fallar.

Marks denegó con la cabeza.

—¡Eso es imposible, señor!

—La palabra «imposible» hace mucho tiempo que me enseñó la vida a no tenerla muy en cuenta, señor Marks... ¿Acaso no lo ha aprendido usted por sí mismo? Supongo que en el campo de la técnica, actualmente se están realizando cosas por un simple operario que hubiera rechazado por imposible uno de nuestros genios del siglo pasado. ¡Y en todo ocurre y ocurrirá igual!

Raymond Marks movió la cabeza en sentido negativo.

—No me he expresado bien, señor. No debo hablar de imposibilidad material, puesto que la más contundente prueba está ante nuestros ojos: ¡el

R-26A!

Pero lo que yo pretendo establecer...

Hoover le interrumpió:

—Para poder llegar a una solución radical del mal, hay que empezar por medidas radicales. La más importante de ellas es no tratar en modo alguno de adelantarse a los acontecimientos. Y usted pretende hacerlo, señor Marks.

—¿Por qué dice eso, señor?

—Por lo que está pasando. Bien está que responda plenamente de su lealtad y buenas intenciones. Incluso le admito que lo haga

por sus sistemas de vigilancia, si es que, como supongo, han sido pensados y creados por usted mismo. ¡Pero no vaya más lejos!

—¿No ir... adonde?

—A un terreno en el que todos podemos resbalar: los hombres. En su conciencia ya está dispuesto a responder plenamente de la lealtad de sus colaboradores, señor Marks.

—¡Es que son leales!

—Primero deje que se compruebe ese extremo. Soy un tanto rudo cuando la ocasión lo requiere, y le anticipo que sin que por ello mengüe mi respeto hacia usted, también la suya será revisada...

—¡Señor Hoover! ¿Estaría yo aquí si fuese un traidor?

—¿Y qué otro remedio le quedaría? Descubierto lo que ocurre por parte del Gobierno, su única postura es colaborar sea o no sea culpable de esa filtración. Sin embargo, e incurriendo yo en el pecado que le reprocho, creo que me atrevería a afirmar que usted no es el traidor... ¡Pero no iré más lejos!

—¿Qué voy a hacer, señor Hoover?

—Empiece por explicarme con un poco más de profundidad este maldito asunto. Luego pensaré en la persona que deba hacerse cargo de solucionarlo... Es indudable que la solución la hemos de tener siempre ante nuestras narices, pero no puedo afirmarle cuándo daremos con ella...

—¡No puedo creer que nadie de los míos...!

—Yo tampoco puedo creer en la magia, señor Marks. Admito que hoy se realizan cosas que parecen casi auténticos milagros, pero para todo hay siempre una explicación científica, razonada y lógica. ¡Ningún humano hace milagros!

—Está bien, señor... ¿Quiere que le explique cómo funciona la «Electronic Company Marks»?

—Al menos en sus detalles principales. También me interesan sus opiniones, sin apasionamiento, de todas las personas que se relacionan con usted o con su empresa. En ella incluyo su propia familia, amigos, etcétera. Insisto en que no seré yo quien saque el proyecto a sus datos, pero creo que hablarme de ello le servirá de algo así como un borrador para cuando le ponga en contacto con la persona a quien se asigne la misión.

—Si quiere que empiece hablándole de mi familia, hay muy poco que decir: solamente la compone mi hija Silvia. Tiene

veintitrés años y está soltera. Huérfana desde muy niña, ha sido criada como la mayoría de nuestras muchachas, dentro de mi actual posición... Supongo que a ella sí puedo descartarla... —dijo con un poco de ironía en la voz.

—Usted puede descartar a quien le parezca, señor Marks, pero no omita hablar de todo el mundo, como le he dicho. En ese mundo, incluso contra el personal de servicio en su casa. Esos seres que forman parte de nuestra existencia cotidiana, aunque no hagamos muchas veces el debido caso de su presencia.

Raymond Marks empezó un lento relato sobre todo lo que consideró se ajustaba a los deseos del hombre que le escuchaba. Al cabo de cierto tiempo dijo:

—Ésa es la situación, señor —fueron sus palabras finales.

Un brevísimo silencio reinó en el despacho. Luego, fue John Edgar Hoover el que habló:

—Nos ocuparemos del asunto, señor Marks. Nuestra misión es salvaguardar la seguridad nacional y ésta se ve tan atacada cuando alguien hace uso de las armas contra la nación como cuando los esfuerzos de alguno de sus ciudadanos son explícitamente expoliados con ánimo de perjudicar a quienes le apoyan en su misión. En este caso, es nuestro Gobierno el que se encuentra tan perjudicado como usted mismo...

—¿Qué ha pensado hacer?

—Pondré los hombres que sean necesarios para resolverlo. Pero antes necesitaré un estudio del terreno y de la forma en que los secretos de su Industria están protegidos.

—Yo no quisiera que una publicidad nefasta...

Hoover le interrumpió:

—A nadie le gusta ese tipo de publicidad. Al

F. B. I.,

no le gusta ninguna. Creo que el hombre que en principio se ocupe de ello, no denotará el verdadero sentido de su misión. ¿Puede encontrarle un lugar junto a usted? Me refiero a una ocupación que le permita el suficiente campo de acción, al tiempo que justifica su presencia.

Raymond Marks meditó unos instantes su respuesta.

—Nunca he sido partidario de utilizar secretario personal.

—Pero podía serle impuesto por el Departamento de Defensa,

¿no es así?

—Exactamente.

—En este caso, a partir de hoy, para cuando regrese a Reading, en Pennsylvania, llevará ese secretario.

La mirada de Marks denotó que tenía algo que decir.

—¿Qué está pensando, señor Marks?

—Aunque me fuese impuesto, habría de reunir ciertas condiciones especiales para serme útil...

—Las reunirá. No será realmente un experto en electrónica, pero poseerá los suficientes conocimientos como para no cometer errores de bulto. ¿En qué hotel se hospeda?

Raymond Marks se lo dijo.

—Tendrá que aplazar su regreso hasta esta tarde, señor Marks, pero cuando salga de Washington, nuestro hombre irá con usted.

Gracias, señor. Esperaré en mi hotel.

—Será lo más conveniente. No conducirá tampoco a nada favorable el que lo ocurrido llegue a conocimiento de otras personas, salvo los que ya lo conocen.

—¿Y qué haré con mis colaboradores?

—Manténgalos al margen. Todavía no sabemos de quien tenemos que guardarnos, señor Marks... ¿Por qué no ha de ser uno de ellos?

—¡Imposible! —protestó Marks—. Quiero decir ¡que no puedo creerlo! Están conmigo hace años, han colaborado en todos mis proyectos y sus condiciones en la «Electronic Company Marks» no les serian ofrecidas en ninguna otra parte...

John Edgar Hoover movió la cabeza.

—Cuarenta años al frente de este despacho me han enseñado algo importante: mientras más creemos saber de nuestros semejantes, es mayor la ignorancia en que sobre ellos vivimos. No estoy, en modo alguno, acusando a sus colaboradores. Pero es innegable que unos ojos que no debían, han visto sus trabajos. Y que ese Argos es un traidor... Nuestra misión es descubrirle.

Al ponerse en pie el director del

F. B. I.,

Raymond Marks comprendió que la entrevista había terminado.

Los dos hombres se estrecharon la mano y en aquel momento apareció el mismo que le había llevado hasta allí, en respuesta al

pulsador que Hoover hizo presión, y le condujo nuevamente al exterior, acompañándole hasta la puerta.

El director de la «Electronic Company Marks» subió al coche que le esperaba y dio al conductor, a dirección de su hotel.

—Cuando me deje allí, puede retirarse. Ya no le necesitaré más. Y gracias por todo.

—A sus órdenes, señor.

Si consideramos la estructura del Federal Bureau of Investigation con la semejanza física de un ser humano, John Edgar Hoover sería la cabeza, el poderoso cerebro.

Pero al igual que ese cerebro de por si no representaría la existencia del Cuerpo, el hombre con el que acababa de entrevistarse el preocupado Raymond Marks no estaba solo.

Otros dos hombres, los números dos y tres del FBI, podían bien ser considerados como los brazos de ese Cuerpo. Y esos brazos se ramificaban naturalmente en nuevos extremos, que hubieran podido ser considerados como los dedos de las manos que el cerebro hacía moverse.

Cualquiera de esos dedos hubiera podido pulsar un interruptor que hiciera encenderse cientos o miles de lámparas. Entre todos ellos serían varios millares de luminarias las que se encenderían: los hombres del Federal Bureau of Investigation.

Los agentes especiales del
F. B. I.

Ward Lasiter era uno de esos hombres.

Y al igual que la lámpara hubiese respondido iluminándose, su respuesta fue comparecer ante uno de sus jefes, dispuesto a hacerse cargo de la misión que le fuera encomendada, siempre con el ánimo de darlo todo para que fuese cumplida.

Su superior terminó las instrucciones.

—Raymond Marks le espera en el hotel. Con él marchará usted a Reading y allí empezará a actuar. Si necesita colaboración no vacile en pedirla. El asunto es feo y preocupa al Gobierno. Ha sido el propio Hoover quien ha ordenado la investigación. ¿Alguna pregunta?

—¿Hay antecedentes o algo que deba saber, señor?

—No tenemos nada, Lasiter. Salvo que nos encontramos ante

una de las clásicas cochinadas a las que ya estamos acostumbrados. Pero en esta ocasión no se trata de una negligencia nuestra por no velar debidamente los secretos de nuestro país. Los hemos querido salvaguardar, pero alguien ha sabido cómo evitarlo. Es lo que usted tiene que averiguar.

—¿Qué sabe de Raymond Marks?

—Está fuera de toda duda. Tiene cincuenta años y es viudo, con una hija de veintitrés años. Hombre de probada capacidad como ingeniero electrónico, hace quince años que fundó su Compañía. Carecía de dinero preciso pero tenía ideas y por ello el Gobierno no tuvo inconveniente en adelantarle lo que necesitó. Ha correspondido sobradamente con su trabajo.

—¿Y políticamente?

—No es político. Vota por los demócratas pero de ahí no se mueve. Su trabajo es su política. Y le diré también que su fidelidad está comprobada. En cierta ocasión, un diplomático de cierto país le sondeó con la esperanza de poder obtener algo de él, al precio que fuera...

—¿Y qué obtuvo?

—Media hora más tarde nosotros lo sabíamos y dos días después el diplomático tomaba el avión. Había sido declarado persona «no grata».

—Eso ayuda a Marks.

—Y muchas otras cosas. Por ello deseamos ayudarle. Porque se le considera un hombre sincero, leal, responsable... Y porque nos molesta que alguien se meta en nuestros asuntos privados...

—¿Cómo está Marks?

—Ya le verá. Aunque es un veterano luchador, el golpe le ha afectado... Y creo que más todavía lo que nos preocupa a todos: no saber hasta dónde ha llegado esa sucia jugada.

—¿Qué quiere decir?

—Que en los laboratorios y talleres de Marks se han obtenido cosas realmente buenas. Cosas que considerábamos secretos celosamente guardados y que ahora tenemos que temer que no sea así. Y eso también pesa sobre Marks.

—Lo entiendo. Y procuraré hacer todo lo que esté en mis manos, señor.

—Hágalo, Lasiter, ¡y hágalo rápido! No es una situación como

para dormir muy tranquilo.

—Bien, señor.

—Que tenga suerte, muchacho.

Ward Lasiter abandonó el despacho de su superior y se dirigió a su apartamento. Dispuso un equipaje suficiente para el posible tiempo que su misión le llevase y saliendo nuevamente a la calle.

Llamó a un taxi al que ordenó que le llevase hasta el hotel donde se alojaba Raymond Marks.

En recepción hizo su petición.

—Quiero ver al señor Raymond Marks. Me espera.

Momentos más tarde era autorizado a subir hasta la habitación ocupada por el atribulado industrial.

II

RAYMOND Marks examinó al hombre que acababa de entrar en su habitación.

—Me llamo Ward Lasiter, señor Marks... —dijo el recién llegado, tendiéndole su credencial de agente especial del F. B. I.,

que Marks comprobó con rápida atención, y luego le devolvió.

—Le esperaba, Lasiter. ¿Quiere tomar asiento?

—Gracias, señor.

Marks examinaba a su visitante. Lo encontraba tal vez demasiado joven para lo que de él se esperaba. Posiblemente no hubiera cumplido los treinta años. Era notablemente fuerte y las mujeres le encontrarían atractivo. Especialmente por su sonrisa, casi continúa en sus labios.

Pero algo en sus pupilas hablaba de que no era todo como la primera impresión pudiera aparentar. Una indudable dureza se escondía en el fondo de aquellos ojos, muestra inequívoca de un temperamento obstinado, responsable y capaz de llegar hasta la meta que se propusiera.

—Supongo que quiere que le explique todo ese maldito embrollo, ¿no es así?

—En líneas generales, ya me ha sido explicado, señor Marks. Y si bien es obvio que precisaré de múltiples detalles y aclaraciones, creo que si hemos de trabajar unidos, habrá tiempo y oportunidad para ello. Por tanto, si usted no dispone otra cosa, podemos marchar hacia Reading... ¿Qué medio utilizó para venir?

—Tengo en el aeropuerto una avioneta pilotada que alquilé en Harrisburg, donde he dejado mi coche. Volaremos en ella.

—Correcto. ¿Tiene listo el equipaje?

—Sí. Está listo.

—Entonces, podemos marchar... ¿Le parece?

Raymond Marks pareció sentirse un poco intimidado por algo que dudaba en expresar. Se decidió a hablar:

—Tendría que realizar una pequeña gestión, camino del aeropuerto, señor Lasiter. Es recoger un encargo que hice a mi llegada, cuando todavía ignoraba lo que me esperaba en mi visita al Departamento de Defensa. ¿Le importa que nos detengamos un momento?

Ward Lasiter hizo un gesto negativo.

—En absoluto, señor Marks. Y para que los asuntos se resuelvan satisfactoriamente es importante no olvidar los detalles. No tiene que recabar mi opinión para nada, puesto que oficialmente he de ser su secretario. ¿Comprende? Y tampoco necesita llamarme señor Lasiter. Convendría que me llamase Lasiter, a secas.

El hombre de más edad esbozó una sonrisa.

—Bien..., Lasiter. Tendrá que vigilarme mucho para que no cometa tonterías. No es que suela hacerlas, o al menos es lo que yo creía. Pero ahora dudo de muchas cosas, empezando por hacerlo de mí mismo.

—Pues uno de los primeros empeños que hemos de tener es conseguir que recupere esa confianza. ¿Nos vamos?

Dejaron la habitación.

Raymond Marks abonó su cuenta mientras que era bajado su equipaje. Ya un taxi había sido reclamado por el portero y en él subieron ambos hombres. Marks dio la dirección de una importante joyería de la capital.

Cuando el vehículo se detuvo, le habló a su acompañante.

—Puede venir conmigo, Lasiter. No es nada reservado ni misterioso. Voy..., es decir, iba a casarme...

Por unos segundos pareció sentirse un tanto azorado por sus palabras. Lasiter no dijo nada, pero le siguió al interior de la joyería. Marks había encargado un anillo de compromiso.

Se trataba de una hermosa esmeralda, orlada de brillantes pequeños y montada sobre platino. La pagó extendiendo un talón contra su cuenta corriente y el vendedor les acompañó hasta la salida.

De nuevo en el coche, Marks dio al conductor la orden de

llevarles hasta el aeropuerto.

—Como ya la había encargado, no era cosa de no volver... Por otro lado, no quiero perder la esperanza de que todo se aclare convenientemente y no tenga que modificar mis planes.

—¿Y por qué ha de hacerlo, señor Marks? Una cosa no tiene nada que ver con la otra. Incluso puede que le convenga no sentirse tan sólo en ciertos momentos...

Marks miró con simpatía a su acompañante. Indudablemente le agradaba aquel joven en quién tenía que depositar sus esperanzas de muchas cosas. Incluso de su futura felicidad personal.

—No sé todavía lo que haré... Habré de pensarlo y si es preciso retrasaré mis planes. Sé que Zena lo comprenderá. Zena es mi prometida, Lasiter. La conocerá cuando lleguemos a Reading.

—Tendré gran placer, señor Marks.

La conversación decayó durante el resto del trayecto hasta el aeropuerto. Llegados allí, Marks hizo que por los altavoces fuese reclamada la presencia de su piloto y pronto estuvieron volando hacia Harrisburg.

Las estrellas empezaban a brillar en un cielo increíblemente hermoso cuando el pequeño avión surco el aire con los dos hombres a bordo.

—¿Dónde tiene emplazada su fábrica, señor Marks?

—A algo más de veinte kilómetros de Reading. Es un lugar muy adecuado y agradable. Le gustará.

En el aparcamiento de Harrisburg se hallaba el coche de Marks. Un «Chevrolet» de reciente modelo, bella carrocería pintada en color azul oscuro y un potente motor que pronto se puso en marcha para el último tramo de su recorrido.

—He pensado que se aloje con nosotros, Lasiter. Siendo mi secretario personal resultará lógico que le tenga siempre a mano.

—Me parece una buena idea. ¿No será una molestia?

—En absoluto. La casa es demasiado grande para mi hija y para mí. Habrá sitio de sobra y tampoco se sentirá limitado en sus actividades... Creo que hasta conseguirá con ello mayor libertad de acción que estando en un hotel.

—Conforme, señor Marks.

Como durante el vuelo no habían hablado de su problema, por la presencia del piloto, ahora volvieron a lo que les preocupaba.

—Aunque mañana deberé verlo todo, ¿le importa hablarme de sus sistemas de seguridad?

—Pensaba hacerlo, Lasiter —dijo Marks, llevando a mano hasta donde llevaba los cigarrillos y tomando uno, al tiempo que con el gesto invitaba al federal a imitarle.

Cuando lanzó la primera bocanada de humo, siguió hablando:

—He invertido una verdadera fortuna en elementos de defensa de mis intereses y muchas horas de sueño, Lasiter. Pero todo lo daba por bien empleado si conseguía mi objetivo: vivir tranquilo. A nadie le gusta que le saqueen sus propiedades y mucho menos si en ello se juegan intereses mucho más altos... Yo me sentía casi completamente satisfecho.

Había un evidente tono de pesadumbre en sus palabras.

—Explíqueme algo sobre el sistema —pidió Lasiter, más que nada con la intención de que hablando olvidase sus negros pensamientos.

—Todas las secciones clave de la industria gozaban de la protección normal en estos casos: alarmas, detectores y hasta un circuito cerrado de televisión que funcionaba en cadena sinfín. Además, una serie de órdenes prohibitivas que garantizaban el cumplimiento de los fines perseguidos...

—¿Dónde se manejan los planos?

—Hay una sección de «Proyectos». Es, precisamente, la más vigilada.

—¿En forma especial?

—Muy especial. Todo el personal, empezando por mí, tiene a su disposición un armario para sustituir sus prendas normales por la ropa de trabajo. Está terminantemente prohibido entrar en la sección con cualquier objeto de índole personal, incluso los mismos relojes o pasadores de corbata. La explicación dada es que los objetos metálicos podían afectar a ciertos instrumentos que se utilizan.

—¿Y cuál es la verdadera razón?

—Otros detectores. Lo que voy a decirle constituye, de por sí, uno de los mayores secretos de mi empresa. Todo el papel, las tintas e incluso los lápices de dibujo que se utilizan en la sección, son fabricados especialmente para mí. En la pasta del papel, en las tintas y asimismo en las minas de los lapiceros, se incluye

determinado elemento que es suficiente, en minúscula proporción, para hacer saltar una alarma.

—Quiere decir que si alguien intenta sacar algo escrito de allí...

—Así es. No solamente lo que trazara en el papel utilizado en la sección si no que sonaría lo mismo sonaría, con alguno de los lápices o plumas se anotase una simple cifra sobre la piel o cualquier otra superficie...

Lasiter le miró con admiración. Conocía muchos sistemas de seguridad pero ninguno alcanzaba tal grado de perfección.

—Ha sido ahí donde han escamoteado el plano.

—No ha habido escamoteo, Lasiter. ¡Ha sido copiado!

—¿Por qué lo sabe?

—Tengo dos motivos: no me falta ninguno de los originales ni tampoco de los croquis. Hay otro sistema de control que acusa si en la caja fuerte, al término de la jornada falta algo que ha sido sacado por la mañana. Todo ha estado siempre en orden.

—Habló de dos motivos.

—Sí. El otro es que el plano ha sido copiado, juzgando por la escala utilizada: es diferente. Si esas fotos hubieran sido tomadas sobre el original, su escala sería la misma, ¿comprende?

—Creo que sí.

—Lo que la revista publica es una copia perfecta, a menor tamaño, de uno de los originales en los que yo mismo hice unas correcciones, que he reconocido.

El reflejo de lo incomprensible que la situación aparecía se vio en los ojos de Ward Lasiter.

—En tal caso, si no cabe la menor duda de que el plano ha sido copiado, tendremos que admitir que su sistema de seguridad ha sido burlado; me refiero a esa composición especial de los materiales empleados en la sección.

—¡Es imposible, Lasiter! —protestó Marks.

—Parece muy seguro en su negativa.

—Tengo mis motivos... Nadie... —Hizo una leve pausa—, nadie, salvo usted y yo, sabía de esa sustancia especial en los materiales. ¡Ha Sido el único secreto que he tenido con mis colaboradores! ¿Cómo podían atacar algo que desconocían?

El asombro de Lasiter fue en aumento. Si las cosas eran tal como Marks las presentaba, y no tenía motivos para dudar de ello,

resultaba imposible que nadie hubiese conseguido la más mínima información dentro de la sección. ¡Pero el plano era una realidad en la revista!

No quiso perderse en conjeturas que a nada conducían.

—Sigamos hablando, señor Marks... Pese a cuánto dice, ya sabemos que algo ha pasado o está pasando... Descartemos la posibilidad de la copia efectuada en la sección, ni el que nadie haya podido entrar una cámara fotográfica para tomar copias, ¿no es así?

—¡Imposible! Delante del resto del personal, nadie tendría la menor posibilidad.

—¿Y a solas?

—Tampoco. Solamente tres personas estamos autorizadas para estar dentro de la sección fuera de las horas de trabajo: mis dos colaboradores y yo. Pero ni siquiera podemos decir que estemos a solas cuando un caso de éstos se presenta. Al llegar a la sección, el servicio de guardia debe autorizar el pase. Uno de los hombres le acompaña, al que sea, y permanece ante la puerta todo el tiempo que sea preciso, atento a que los servicios del circuito cerrado de televisión no se interrumpan. Posteriormente se comprueba su duración con el control de entrada y salida de la persona.

—Dígame algo sobre sus colaboradores...

—Será mejor que lo deje para más tarde, Lasiter. Ya hemos llegado.

El coche había dejado de rodar por la calzada y ahora se introducía en un amplio jardín que rodeaba una vivienda de suntuosa fachada. Parecía una reproducción de las mansiones del Sur antes de la guerra de secesión.

Dejaron el coche en la puerta, donde un criado se estaba ya haciendo cargo de los equipajes.

El mayordomo de los Marks salió a recibir a su señor, informándole que la señorita Mark, como no esperaba el rápido regreso de su padre, había salido a cenar con unos amigos.

—Está bien, Jervis. Cenaremos solos. Dispón todo para que nos sirvan cuanto antes...

—Bien, señor.

Marks se volvió a Lasiter y preguntó:

—¿Le apetece tomar antes un martini?

—Creo que no vendrá mal, señor Marks.

Los preparó el mismo dueño de la casa, y no se podía decir que no lo hiciera a la perfección. Lasiter rechazó el segundo y pronto acudió el mayordomo a informar que la cena estaba servida.

—Luego hablaremos, Lasiter. Nos servirán el café en el despacho.

Iba ya bastante avanzada la noche cuando Ward Lasiter se retiró a las habitaciones que le habían sido destinadas.

Pese a la hora, se temía que tardaría en conciliar el sueño, pues en su cerebro danzaban una serie de datos, nombres y circunstancias que se habían ido acumulando allí durante la larga charla sostenida con Raymond Marks.

El industrial fue claro y explícito en sus explicaciones, especialmente en la amplitud de datos con los que adobó cada una de las historias personales que le fue dando.

Ahora Lasiter tendría que ordenar tales historias, clasificar en su mente los datos y formarse con todo ello un cuadro que ya no olvidaría y que le serviría en todo momento para reconocer a cada uno de los personajes, vistos bajo el punto de vista de Raymond Marks. Luego él tendría que comprobar si coincidía con el suyo.

Solamente le faltaban las referencias físicas de cada uno; pero dentro de pocas horas completaría su conocimiento.

Raymond Marks empezó hablándole de su hija. Ward Lasiter fue componiendo una especie de ficha personal para cada persona.

SILVIA MARKS. —Tenía veintitrés años y era huérfana desde los seis. Hija única, empezó a tener uso de razón cuando los asuntos financieros de Raymond Marks empezaron a marchar por buenos derroteros. Se había criado mimada y rodeada de lujo y comodidades. Estudió en un internado de lujo y fue educada como una señorita. Su padre la consideraba algo caprichosa y pagada de su belleza y posición; pero contaba con que en ella existiera el suficiente fondo de honrado sentido común para llegar a ser una buena mujer. No estaba prometida ni se le habían conocido amoríos. Cari Comert, uno de los colaboradores de su padre, la pretendía; pero no conseguía su atención. Silvia parecía despreciarle abiertamente, aunque no conocía Marks el motivo.

HOWARD FRIBORG. —Era el ingeniero jefe de la «Electronic Company Marks». Diplomado en Electrónica, poseía un buen historial y su valía estaba comprobada. Había cumplido los cuarenta

y cinco y era soltero. Pero no vivía solo. Evitando dar demasiado escándalo, compartía su apartamento con una muchacha: Belice Ramsay. Le gustaba tomar unos tragos de vez en cuando, pero no perdía el control de sí mismo. Pese a su elevado sueldo, no parecía sobrarle el dinero. El agente federal no llegó a preguntarle a Marks si aquel detalle se lo proporcionaba deliberadamente.

CARL COMERT. —Era el segundo de los principales colaboradores de Raymond Marks. También ingeniero de brillante historial, era algo más joven que su compañero Friborg, puesto que no había cumplido los treinta y cinco años.

Soltero, igualmente que Friborg, no se le conocían aventuras fáciles. Demostraba estar enamorado de Silvia Marks, pero no conseguía ser correspondido.

Disfrutaba del cargo de supervisor, al igual que Friborg era el ingeniero jefe. No había pugna entre ambos hombres por razones de mando, puesto que los dos se complementaban. No obstante, Comert se consideraba superior a Friborg, y no solamente basaba su superioridad en el terreno profesional. Era hombre de dinero, puesto que su familia lo tenía en cantidad. Y también poseía buenas amistades en el terreno político. Por todos estos factores, posiblemente llegaría mucho más lejos que Howard Friborg. Y él lo sabía y se vanagloriaba de ello. Pero también era un competente ingeniero.

BELICE RAMSAY. —Una perfecta obra de la naturaleza. Así la había definido Marks. Pero, al igual que toda hermosa construcción recién terminada, estaba vacía. Pero a ella no parecía preocuparle demasiado lo que le faltase dentro y se consideraba afortunada con lo que presentaba al exterior. Debía tener unos veinticinco años y corría el rumor de que Friborg la había encontrado en un club de Las Vegas en unas vacaciones que se tomó el año anterior. Era lo suficientemente atractiva para haber hecho lo que de ella se rumoreaba: «*strip-tease*». Ahora parecía serle fiel a Friborg, que pagaría bien tal sentimiento. Marks solamente la había visto unas cuatro o cinco veces, pero sólo le habló en una ocasión.

Y para el final de su relación había dejado a Zena Riscoll. Era la mujer con la que se pensaba casar, para la que había adquirido la sortija de la esmeralda y los diamantes.

Ward Lasiter también le hizo su ficha mental.

ZENA RISCOLL. —Viuda como Marks. Había estado casada con un médico de Los Ángeles que se mató en un accidente automovilístico. Tenía ahora treinta y siete años y el tiempo parecía respetar su belleza. Marks la había conocido antes de que se casara con Riscoll, el médico; pero se le adelantaron, aunque por entonces todavía él no había pensado en buscar sustituta a su esposa fallecida.

Lo pensó luego, cuando la volvió a ver y recapacitó que Silvia podría casarse cualquier día, con lo cual él quedaría solo. No le gustaba la idea de vivir solitario en aquella casa. Y tampoco era grato para él cambiar de vivienda.

Intercaló como un breve comentario que Silvia no veía con muy buenos ojos su proyecto ni a la persona elegida para realizarlo. Pero lo encontraba natural, con un poco de egoísmo también justificable por parte de la chica. Confiaba en que cambiaría de opinión cuando tratase más a Zena.

—Me gustaría poderla dar un poco de felicidad, Lasiter. No ha tenido demasiada suerte en la vida... —Fueron sus últimas palabras.

Ahora Ward Lasiter ya tenía perfectamente clasificados a sus personajes. Lo primero que necesitaba era dormir aquellas horas que faltaban para que fuese de día. Pero dudaba que lo consiguiera. El problema era demasiado intrincado, demasiado oscuro para que su mente se deshiciera de él con facilidad.

Escuchó el ruido de un vehículo al detenerse sobre la gravilla del espacio abierto ante la casa y sintió curiosidad por ver quién llegaba a tales horas.

Se acercó al balcón y desde allí vio a la persona que se bajaba del deportivo.

Era una muchacha y debía ser Silvia Marks. Con aquella leve ojeada ya tenía completa su ficha. Ahora podía decir que Silvia Marks era alta, esbelta, con gracia felina en sus movimientos al salir del asiento y dirigirse hacia la casa. Sus cabellos eran rubios y en un momento en que la joven alzó su rostro, a la luz de la luna, pudo conocer que también era endiabladamente bonita.

No era de extrañar que Cari Comert estuviese bebiendo los vientos tras ella. Podía ser que lo hiciera por ser la hija de Raymond Marks, pero, indudablemente, la muchacha también tenía méritos propios para enloquecer a cualquier hombre.

III

Ala mañana siguiente los dos hombres desayunaron solos. No resultaba difícil explicarse la ausencia de Silvia Marks, teniendo en cuenta la hora en que había regresado.

Salieron hacia la fábrica de la «Electronic Company Marks», si bien no hicieron juntos el viaje. Antes de partir le había dicho Raymond Marks:

—Creo que será conveniente que disponga usted de un vehículo para su uso, Lasiter. Ello le permitirá la soltura de movimientos que precise.

—Había pensado en ello, señor Marks. Pero no he tenido tiempo para alquilar...

—No es preciso —le interrumpió el industrial—. En el garaje, aparte del que utiliza mi hija, tenemos otro que puede servirle. Es un «Mercury» que va muy bien...

Le acompañó a verlo y Ward Lasiter se alegró de poder disponer de medio de transporte propio.

—Ahora, sígame.

Haciéndolo así salieron de la ciudad y se dirigieron hacia el Norte. Seguían una carretera que se adentraba en un amplio valle, en cuyo centro corría el río Schuylkill, si bien al alcanzar el límite de las diez millas la carretera se ramificaba en tres direcciones, dirigidas las laterales a alcanzar las cimas de las dos cordilleras de colinas que festoneaban el valle, mientras que la central parecía ajustarse exactamente al cauce del río.

Ellos siguieron por la del centro.

Ward Lasiter examinaba el paisaje y le complació. Raymond Marks parecía haber elegido con acierto el emplazamiento de su industria, que divisaba al fondo del valle, donde las montañas se

estrechaban como si decidieran impedir el paso al río.

Era una serie de grandes naves que refulgían en su blancura al sol de la mañana. El cuerpo central del grupo era más elevado que el resto y el cristal se había utilizado con profusión en su construcción.

Parecía ser la única edificación de todo el contorno, si bien las laderas de las montañas, que en línea recta no aparecían tan lejos como hacía suponer el largo tramo de carretera que había que recorrer para alcanzarlas, estaban muy pobladas de minúsculas edificaciones, que podían ser chalets o cabañas para que sus propietarios disfrutasen de soledad en el fin de semana.

Pero el centro del valle respiraba una paz y tranquilidad que habría de ser muy beneficiosa para los hombres que allí trabajaran.

Cuando llegaron no fue detenido en la entrada, porque ya el primer coche había hablado en tal sentido. En el aparcamiento de los vehículos se reunió con Raymond Marks.

—Ya hemos llegado, Lasiter. Lo primero que vamos a hacer es proporcionarle su pase para que pueda moverse sin mi ayuda.

Fueron directamente hasta el lugar donde se ubicaba el control de los servicios de seguridad, a cargo de un comandante de «marines» licenciado. Marks le presentó como su secretario y pidió que se le extendiera el oportuno pase.

Le hicieron posar para la fotografía y durante unos minutos esperaron. Por fin le entregaron una tarjeta donde iba reproducido su rostro y los datos personales. Marks la firmó y también lo hizo el jefe de la seguridad interior.

—Ya está, Lasiter. Vamos a mi despacho. Quiero presentarle a mis principales colaboradores, y luego daremos una vuelta por lo más principal de las instalaciones.

Antes de llegar al destino que Marks había indicado, un hombre de no muy elevada estatura, pero de amplio tórax y una cabeza cubierta de enorme y enmarañada pelambrera, salió a su encuentro.

—¿Qué hubo, Raymond? —preguntó a Marks, mirando al hombre que le seguía con visible interés.

—Hola, Howard... Ya estoy de vuelta. Pasa, que quiero presentarte a Ward Lasiter. Será mi secretario personal...

Fue visible la sorpresa de Howard Friborg ante aquellas palabras. Pero hasta no hallarse dentro del despacho no dijo nada

más. Una vez allí, Marks fue el primero en hablar:

—Lasiter: éste es Howard Friborg, mi ingeniero jefe... Ya ha oído para lo que está usted aquí.

Los dos hombres se estrecharon la mano. Fue Howard Friborg el que habló, y al hacerlo dejó escapar una carcajada.

—Siempre pensé que no querías a nadie para ayudarte a encontrar tus papeles, Raymond. Y que si algún día te decidías lo harías por algo que decorase también el despacho y que luego...

—Tengo el despacho bien decorado, Howard... Y no es momento para bromas.

—¿Qué te dieron de cenar en Washington, Raymond? Yo diría que tenía algo de adobo mejicano y no te ha sentado bien...

—No te preocupes por mí, Howard... ¿Te importa avisar a Cari para que venga a verme?

—En absoluto. Y casi prefiero poder largarme de aquí. Luego, cuando estés más calmado con el aire del valle, recuerda que quiero hablar contigo de algo importante. Estaré en «Proyectos».

—¿Ocurre algo?

—Nada que no pueda esperar, Raymond. Hasta luego.

Antes de salir del despacho se volvió hacia Lasiter y le saludó.

—No saque impresiones precipitadas, amigo Lasiter. Cuando nos conozca mejor verá que esta forma de tratarnos en cierto modo es bastante cariñosa. Al menos no fingimos cuando no estamos de buen humor. Bien venido a Valle Feliz.

—Gracias, señor Friborg.

—Puede llamarme Howard. Todo el mundo lo hace.

Quedaron solos los dos hombres.

—Howard tiene razón, Lasiter. No es corriente que discutamos entre nosotros; pero esta mañana no andan demasiado bien mis nervios, y por ello es posible que no haya estado muy diplomático. ¿Le sigue pareciendo preciso ocultarles la verdad?

—Al menos por cierto tiempo. Al conocerla sé levantarán una serie de celos y dudas que no ayudarán mucho, porque la mayoría serán falsos o injustificados. Es lo que quiero evitar.

Otro hombre llegó al despacho, y Marks le presentó como Cari Comert, ingeniero supervisor de la compañía.

Era muy diferente a Friborg.

Alto, esbelto, de buena complexión, denotaba ser hombre que

cuidaba su aspecto y sus maneras.

Al conocer la razón de la presencia de Lasiter allí sonrió.

—Espero que no nos moleste mucho en su misión, Lasiter.

—¿Qué quiere decir, señor Comert? —inquirió el aludido.

El ingeniero hizo un elegante ademán como pidiendo que se olvidasen sus palabras.

—No trato de molestarle, amigo mío. Pero ya tengo edad para conocer el mundo y a sus pobladores. Supongo que algún viejo senador que no ve más allá de sus narices ha pensado que aquí no empleamos debidamente el dinero del Gobierno y quiere tener informes de primera mano... No vamos a molestarnos por ello, se lo aseguro.

Intervino Marks.

—Estás diciendo tonterías, Cari Lasiter no tiene que informar a ningún senador ni nada por el estilo.

—Entonces, ¿para qué lo has traído? Le estoy dando la mejor clasificación que puedo. Podría hacerlo en peor forma.

—¿Le importa decirme en cuál?

—Si lo quiere saber... Hay muchos politicastros que tienen siempre alguien a quien proteger. Una forma es la de encajarlos en los lugares donde ejercen su influencia para salir del compromiso. No les censuro, porque es posible que yo tenga algún día que hacer algo por el estilo.

—¿Piensa meterse en política, señor Comert?

—Es posible. Pero todavía soy demasiado joven. Tengo tiempo para decidirme...

—Veo que no le resulto simpático —dijo Lasiter—. Y lo único que puedo hacer para compensarle es decirle que tampoco usted me lo es a mí... Estamos a la par.

—Correcto, Y cada uno en su sitio. No lo olvide.

—¡Basta! —gritó Marks—. Lo que yo necesito son colaboradores, no gallos de pelea... Como acabas de decir, Comert, cada uno estará en su sitio: tú, en el tuyo, y Lasiter, en gestiones que yo le encomendaré. Y ya que se han conocido, puedes volver a lo que estuvieras haciendo, Cari.

—Tienes que llamarme luego, Raymond. Tengo varios asuntos que discutir contigo.

—Conforme. Lo haré más tarde.

El ingeniero se dirigió a Lasiter antes de salir.

—Lo cortés no quita lo valiente, Lasiter. Pese a lo que nos hemos dicho, sea bien venido a Reading y al valle.

—Gracias.

La mirada de Raymond Marks buscó la suya.

—¡Hum! Al menos ninguno de los dos ocultó que mi presencia no les resulta grata —dijo Lasiter—. Aunque los motivos sean un tanto diferentes.

—¿Conoce los motivos?

—Creo suponerlos. A Comert le molesta que haya nadie entre él y la suprema jefatura de la empresa. Debe pensar que voy a ser un escalón que antes no tenía...

—¿Y Friborg?

Lasiter se rió.

—A ése creo que lo único que le ha preocupado es que mi sueldo reste algunos dólares a su beneficio anual... Es algo muy distinto.

El resto de la mañana lo pasó visitando las instalaciones, siempre acompañado por Raymond Marks. Cuando en cierto momento le hubo de dejar para atender a unos asuntos urgentes, le encomendó al comandante Rollins, el responsable de la guardia de seguridad, para que terminase con él de conocer el lugar.

A la una le recogió.

—Solemos hacer aquí la comida primera. A las cinco regresamos a Reading, salvo que haya algo importante que nos detenga.

En la mesa del comedor general volvió a reunirse con Friborg y Comert. Los roces del primer conocimiento parecían haberse olvidado y la comida transcurrió en bastante buena armonía. No obstante, por parte de ambos ingenieros le lanzaron una serie de preguntas, todas con cierto carácter técnico, que Marks temió que el federal no pudiera responder.

Pero Ward Lasiter supo salir airoso de su situación.

Cuando volvieron a Reading se disculpó Marks.

—Voy a dejarle por un par de horas, Lasiter. Tampoco ahora puede conocer a Silvia, pero confío en que a la hora de la cena sí lo hará. También le presentaré a la señora Riscoll, con quien voy a encontrarme.

—Yo aprovecharé el tiempo para dar una vuelta por la ciudad para conocerla. Utilizaré el coche, por supuesto.

—Considérelo como suyo, Lasiter. Nos veremos en la cena.

—De acuerdo.

Minutos más tarde que Raymond Marks, también el agente especial del

F. B. I.,

abandonó la vivienda. Realmente, aparte de conocer la ciudad, tenía otras cosas importantes que hacer.

Empezaba a considerar que precisaría de la ayuda de algún otro miembro de la Oficina Federal. Iba a precisar hacer muchas indagaciones, averiguaciones y cosas que requerían la presencia de un compañero.

De momento, y para lo más urgente, podía llamar a la Delegación de Harrisburg y pedir que alguien acudiera a su encuentro. Le gustaría conocer cuanto antes los datos que se tuvieran sobre el comandante Rollins, por si precisaba de alguien más dentro de la fábrica, aparte de Raymond Marks. Le había parecido una buena persona y absolutamente de fiar, pero tendría que comprobarlo.

Hacía marchar a su coche lentamente por las calles de la ciudad, cuando vio cómo un hombre, detenido en una de las aceras, intentaba conseguir un taxi. Una muchacha muy joven le ganó por la mano, y todavía se rió de él cuando le dejó allí plantado al salir a toda velocidad el vehículo que el hombre había pretendido conseguir.

Ward Lasiter lanzó un silbido de sorpresa. Conocía a aquel hombre, que era nada menos que Jerome Colé, otro agente especial del Departamento. ¿Qué diablos podía estar haciendo en Reading?

Pero lo que resultaba evidente era qué tenía urgente necesidad de conseguir un coche, y creyó que no corría riesgo alguno al ayudar a su compañero.

Aproximó el suyo hasta el lugar que se hallaba Colé, sin que éste le prestase atención, puesto que lo que buscaba era un coche de alquiler.

—¿Puedo llevarle a alguna parte, señor?

Jerome Colé le miró con malos ojos. Su expresión cambió al reconocerle.

—¡Por el gran Manítú, Lasiter! ¿Qué haces tú aquí? —gritó cuando ya estaba saltando al interior del «Mercury»—. ¡Sigue a un

«coupé» gris que acaba de salir de ahí! —le gritó señalando un hueco vacío en el aparcamiento próximo.

Ward Lasiter pisó el acelerador. Había visto salir al coche que le interesaba a su compañero y creía que no sería difícil alcanzarle o, cuando menos, seguirle para saber hacia dónde se dirigía.

—¿A quién estamos siguiendo?

—A un maldito llamado Lein. Albert Lein es su nombre completo. Hace casi un año que voy tras de él y perdí su pista hace seis meses, en Nueva York. Fue casi un milagro que averiguara que estaba en Reading, donde nunca me lo imaginaría...

—¿Cómo lo supiste?

—Una muchacha de aquí escribió a una amiguita de Lein, en Nueva York. Le decía que le había visto por aquí vistiendo bien y gastando dinero con facilidad. Era un «soplo» de solidaridad entre mujeres, por si la otra estaba buscándole... Pero a la otra la teníamos cogida y la carta de la tal Belice Ramsay nos llegó a las manos... Por ello...

Ward Lasiter frenó casi en seco.

—¿Quién has dicho que escribió la carta?

—¿Qué haces? —exclamó Colé al ver que se habían detenido—. ¡Se nos va a escapar!

—No. También él se ha detenido —dijo Ward—. ¿Qué tiene que ver ésa Belice Ramsay en tu misión?

—Nada. He comprobado que solamente fue una buena amiga que quiso ayudar a otra. Ahora vive con un punto de aquí, un ingeniero de cierta industria que trabaja para el Gobierno... Pero no hay nada en que podamos relacionarla con ese Lein y con sus sucios negocios.

Ward estaba arrimando el coche para estacionarlo.

—¿A qué se dedica Lein?

—Chantaje. Pero... ¿por qué te interesa? ¿Qué llevas tú entre manos?

—Algo tan sucio o más que lo tuyo... Creo que tenemos que hablar largamente de todo esto, Colé... Pudiera ser que tu aparición me sirviera como anillo al dedo...

—O como tu coche me ha servido a mí... Pero no perdamos de vista a mi hombre... ¿Le ves? Es aquél del traje claro...

—Sí. Y parece que va a entrar en ese local... El rótulo dice que

es «La Oca de Colores». ¿Lo conoces?

—Debí suponer que era su punto de destino. Ya ha estado varias veces en ese tugurio...

—¿Tugurio? Por la fachada no lo parece.

—Ni por los precios. Se ha puesto de moda y ahora se deja caer por aquí toda la flor y nata de la ciudad. Pero ello no cambia nada de lo que ahí ocurre. Incluso creo que si los de Narcóticos se dan una vuelta por él no perdían el viaje...

—Vamos a entrar, Colé... ¿Te conoce Lein?

—Creo que no. Si me ha visto ha sido casualmente, como es natural en una ciudad pequeña. En Nueva York iba siempre tras él, pero no llegué jamás a tiempo...

—¿Por qué no le detienes?

—No tengo las pruebas que necesito. Lo que nos ha hecho ir tras él es que trató de extorsionar a cierto personaje del Gobierno. Pero le falló, porque el hombre no se amilanó: nos avisó y casi cae en tal ocasión... Luego hurgamos en su vida, y salieron tantos gusanos queapestaba a cien millas... Lo que no acierto a comprender es lo que puede buscar aquí. ¡Y ya lleva casi seis meses en este pueblo!

—Puede que le vaya bien. Tengo una corazonada. Colé: creo que nuestros trabajos están tan juntos que pudieran ser prolongación uno del otro. Iba a pedir a Washington que me mandaran a alguien, y quiero que me digas una cosa: ¿te importa que te asignen a lo que estoy haciendo?

—¡En absoluto! Pero... ¿dejar a Lein?

—Si no estoy equivocado, por ello no le vas a dejar... Pero será mejor que entremos a esa «Oca Coloreada», y allí te hablaré de la razón por la que me encuentro aquí.

Los dos

«G-men»

entraron en el local pomposamente denominado «La Oca de Colores».

El interior era lujoso y empezaba a estar frecuentado. Había un predominio de parejas, pero también se veía algún hombre o mujer solitario, si bien daban la impresión de que esperaban a alguien.

Ellos ocuparon una de las mesas más discretas, en un ángulo del local, pero desde la cual divisaban casi todo el lugar. Vieron al que seguían, que se había reunido con una despampanante rubia de

esculturales formas, que no había forma de que el sucinto vestido que llevaba ocultase. Ni ella parecía desearlo.

—Ésa es Belice Ramsay —dijo Jerome Colé—. No supuse que se fuesen a reunir. Ella se está jugando la regalada vida que lleva, porque su amigo parece un tanto bruto y primitivamente celoso.

—¿Por qué lo sabes?

—Ya te he dicho que llevo buscando algo a que agarrarme por espacio de meses. He indagado todo lo que podía tener un asidero, por pequeño que sea.

—Y lo has hecho bien: Howard Friborg es tal como lo acabas de describir. O lo parece.

—¿Cómo lo sabes tú? No he dicho ni su nombre... —dijo con asombro el federal mirando a su compañero.

—Ya te he dicho que hay demasiadas coincidencias en nuestros trabajos. Pero deja que primero te explique el motivo por el que me encuentro aquí y las razones que tengo para pedirte que colabores conmigo...

Por espacio de unos minutos Ward Lasiter habló explicando a su compañero la situación planteada en la «Electronic Company Marks».

—¡Puf! ¡Eso sí que es repugnante! —dijo Colé al terminar de hablar Lasiter—. ¿Qué idea te has formado?

—Ninguna todavía. Estoy casi como tú en lo de Lein. No me puedo explicar cómo con tales medidas de seguridad han podido hacerse con esos planos. Pero el hecho es concreto y a él hemos de atenernos. O es algo tan sutil y perfecto que no podremos dar con ello por más que nos esforcemos, o está tan en nuestras narices que tampoco lo vemos...

—¿Dónde encajas a Lein?

—En Reading. También tengo interés en conocer el motivo que le retiene aquí.

—Cuando menos, en «La Oca de Colores» ya no le retiene nada. La chica se va, y él tras ella... ¿Les seguimos?

—Para qué. No resulta difícil imaginarse lo que van a hacer. Y si conoces dónde se aloja, te será más fácil localizarle que estar de espera... Mientras tanto, puedes ocuparte de llamar a Washington y conseguir lo que necesito: informes sobre Rollins y el permiso para que te quedés conmigo...

—¿Y tú? ¿Qué vas a hacer?

—Tengo una cena a la que no debo faltar. Pero después es fácil que salga y nos veremos. ¿Dónde?

Jerome Colé le dio la dirección de su hotel, donde le esperaba.

—Conforme. Te llamaré tan pronto como me sea posible.

Volvieron al coche de Ward Lasiter y éste llevó a su compañero hasta el hotel donde se hospedaba.

Al iniciar el regreso a la residencia de los Marks todavía tuvo otro descubrimiento. Indudablemente, su paseo por las calles de Reading no podía ser más fructífero.

En la esquina próxima a la vivienda de Raymond Marks se detuvo un coche deportivo que le resultó conocido. Al rebasarlo reconoció a las dos personas que en él se hallaban. El hombre se disponía a descender.

Era Cari Comert, el supervisor de la compañía de Raymond Marks.

La belleza rubia que seguía al volante del coche era la hija del mismo hombre, Silvia Marks.

Se estaban estrechando la mano y en los rostros de ambos brillaba una sonrisa feliz.

Ward Lasiter se sintió desconcertado.

¿No había dicho Raymond Marks que su hija no distinguía a Cari Comert con el menor afecto? Pues lo que acababa de ver parecía expresar todo lo contrario.

Hablaría con Marks cuando tuviese oportunidad, aunque el asunto casi se apartaba de lo que realmente le interesaba. En cosa de amores, los cambios más extraordinarios son faceta corriente. ¿No podía ser que Silvia Marks hubiera estado simulando desdenes para poner a prueba a su enamorado?

Cuando detuvo el coche y se bajó de él, el deportivo llegó y aparcó junto al «Mercury». La muchacha descendió y vio la mirada del hombre que, involuntariamente, se había ido a las perfectas piernas de Silvia Marks, que con generosidad las mostró para salir del coche.

Sonriendo, ella le saludó.

—Usted debe ser el señor Lasiter, ¿eh? Papá me habló anoche, aunque era tan tarde que apenas me dijo nada. Soy Silvia Marks.

—Encantado de conocerla, señorita Marks —dijo Lasiter al

estrechar su mano.

—¡Por favor, llámeme Silvia!

—Gracias. En tal caso, espero que solamente me llame Ward.

—¿Entramos, Ward? Deben estar esperándonos...

IV

BELICE Ramsay dejó de sentir interés por el televisor y con el mando a distancia que tenía al alcance de su mano lo hizo enmudecer. Se levantó del cómodo sillón donde había estado intentando divertirse con el programa y tuvo la intención de dirigirse a la habitación. Pasó por delante de Howard Friborg, que, hundido en el sillón gemelo, aparentemente había estado pendiente del programa que ella encontró estúpido. En realidad, la mujer sabía que toda la atención de Friborg había sido para la botella de ginebra que casi había vaciado.

Howard Friborg alargó uno de sus largos brazos y la peluda mano alcanzó una de las piernas de la mujer en el preciso instante que pasaba ante él. Belice apenas si iba vestida. No se podía llamar así al cortísimo camisón que solía ponerse apenas llegaba a casa. Y nada más. Según decía, para estar cómoda había que sentirse realmente cómoda.

La mano del hombre se introdujo entre sus piernas y la hizo volcarse sobre él.

—¡Déjame! —protestó.

—¿Por qué? No irás a decirme que ya te ibas.

—Tengo sueño...

—Yo tengo otra cosa, encanto... —dijo él hundiendo su rostro, donde la barba ya empezaba a poner como una oscura sombra ásperamente punzante, en el cuello de la muchacha y tratando de acercar sus labios a la separación de los pujantes senos, que no precisaban de ninguna ayuda para mostrarse erectos.

Belice lamentó haberse descuidado. Y comprendió que si el hombre es animal de costumbres, Howard Friborg era más animal acostumbrado que muchos, aunque la culpa fuese suya. Belice le

conocía y sabía cómo manejarle. Howard era una extraña mezcla de sensualidad y cerebro. El cerebro lo dedicada a la compañía, y el resto, a ella. Hasta entonces nunca le había molestado.

En cierto modo, se sentía contenta de cómo le iban las cosas desde que conoció a Friborg. Cuando eso ocurrió, ella ya estaba harta de pasar calamidades, de desnudar su cuerpo en los escenarios de «*strip-tease*» por unos cochinos dólares y de tener que aguantar bestialidades de muchos si quería ir medio vestida y procurarse algunos caprichos.

Howard Friborg cambió muchas cosas. En cierto modo, era preferible soportar animaladas de uno solo, máxime cuando ese uno se comporta bien. Y Howard se portaba. No era precisamente un Rod Hudson, pero nadie le tildaría de poco hombre. ¡Y a ella también le gustaba que los hombres fuesen hombres y lo demostrasen! Además, no era tacaño. Ganaba un buen sueldo en la compañía y lo ponía íntegro en sus manos, con la sola obligación de que en la casa no faltase la bebida.

En cierto modo, un hombre así era una mina para una mujer como Belice. ¡No podía permitirse el lujo de perderlo! Y lo perdería en el momento en que Howard pusiera sus ojos en otra figura de mujer. La única solución a su alcance era la que ponía en práctica: amarrarle por la atracción. Aquello de ir medio desnuda por la casa tenía su motivo. Era muy difícil que Howard, tras un rato de verla moverse en torno suyo, quisiera otra cosa que lo que ella esperaba y deseaba. Así, nunca salía de noche, y como el día lo pasaba íntegro en la fábrica, los riesgos de una competencia se anulaban.

—¿Qué diablos te pasa esta noche?

—¡Que tengo sueño! —replicó de mal talante.

No era cierto lo del sueño. Pero no podía decirle la verdad. Por primera vez desde que vivían juntos se había visto en la necesidad de traicionarlo. ¡Obligada era la justa palabra! El maldito Albert Lein se había empeñado en obtener algo y lo había conseguido. ¡Ella sabía que era peligroso no concederlo! Pero no le habían quedado ganas de soportar ahora las lúbricas caricias del otro animal y se atrevió a correr el riesgo de una negativa.

—Pues yo no lo tengo, ¿te enteras?

—¡Me importa un comino! ¡Yo me voy a la cama!

Se zafó de Friborg con un violento tirón, pero fue porque él la

dejó ir.

—¿Sí? ¡«O. K.», preciosa! ¡Y yo, a la calle! ¿Dónde hay dinero?
—dijo levantándose también del sillón y demostrando que su estabilidad no era demasiado buena.

—¡No tengo dinero!

La réplica de Friborg fue una descomunal bofetada, que hizo rodar a la mujer por la alfombra que tapizaba el piso, yendo a parar al pie de la mesita que soportaba el televisor. El hombre se dirigió al dormitorio, y cuando ella pudo incorporarse y le alcanzó, ya Friborg tenía en su poder el bolso de mano de Belice y tomaba de él los billetes que encontró dentro.

La furia de Belice no le sirvió más que para recibir un nuevo guantazo, que la tiró sobre el lecho.

—¡Para dormir no te hace falta dinero, maldita!

La cena en casa de los Marks se desarrolló con cierta frialdad por la presencia de Zena Riscoll, que no agradaba a la hija del dueño de la casa. Pero como Raymond Marks y su prometida tenían el proyecto de salir inmediatamente a una reunión o simplemente a divertirse un poco, no hubo sobremesa, y Ward Lasiter lo agradeció, porque también él tenía prisa en reunirse con su compañero.

—¿Has tenido noticias, Colé? —Fue su primera pregunta.

—¡Demasiadas! En primer lugar, quedo asignado a la misma misión que tú. Luego, ¡agárrate!, hay algo peor que si hubieran puesto ortigas en la ensalada del Presidente y todos los de la plana mayor... ¡Ya no es sólo el

R-26A!

¡Otro proyecto más está a la venta en las librerías! ¿Y cuántos habrán salido o podrán aparecer?

—¡Eso hundirá a Raymond Marks!

—¡También nos hundirá a nosotros si no cortamos el maldito escape!

—Esa fuga supone la retirada del apoyo financiero cuando menos, Colé, ¿te das cuenta?

—Lo único que veo es que si no nos pasa otra cosa peor, nos concederán el honor de barrer nuestras oficinas. ¡Y no me gusta el puestecito!

—Ya lo sé. Pero será peor lo de este hombre. Personalmente

opino que merece mejor suerte...

Jerome se encogió de hombros.

—Que rece para que Dios se la dé. Por la mañana tendremos noticias sobre ese comandante de «marines»... Y yo estoy pendiente de lo que tú me ordenes... ¿Qué quieres que haga?

—Nada por esta noche. Pero a primera hora, cuando ya Howard Friborg haya salido hacia la fábrica, ve a buscar a su amiguita. No te digo cómo lo tienes que hacer, pero has de averiguar hasta el modo que Friborg tiene de apretar su tubo de dentífrico, ¿entiendes? Sácale todo lo que ella sepa y asegúrate de que queda dispuesta a seguir informándonos. No me importa el método que uses, sino los resultados, Colé... ¡Estamos metidos en un asqueroso asunto y hay que moverse de acuerdo con el ambiente!

—¿Qué harás tú?

—Voy a amargar la noche de Raymond Marks. Lo siento por la mujer que le acompaña, pero no puedo hacer otra cosa. Si es preciso me pasaré con él toda la noche, pero quiero que me vuelva a dar toda clase de detalles sobre ese maldito sistema de seguridad. ¡Y probarlo por mí mismo!

—¿Cuándo te llamo?

—Tan pronto como sepas algo sobre Rollins o la muchacha haya terminado el aria que tiene que dedicarte... Y ahora ayúdame en otra cosa: ¿dónde suelen ir los ricos de Reading cuando quieren divertirse? Hablo de personas sensatas que no encajan en «La Oca de Colores».

—Hay un club privado que se llama «Blus Flag». Supongo que tu hombre estará allí si ha salido a divertirse con su dama.

—Indícame el camino.

Conducido por Jerome Colé, llegaron al lugar que había indicado.

—¿Te espero?

—Sí. Creo que Raymond Marks debe conocerte. Le haré venir al auto o te llamaré.

Colé había acertado en su suposición. El señor Marks se hallaba en la sala, pero Lasiter no pudo pasar por no vestir adecuadamente.

—Está bien. Avise al señor Marks que su secretario desea hablarle. Es urgente.

Uno de los empleados fue a avisarle, y momentos más tarde salió

Marks. Estaba visiblemente asombrado de la presencia allí del federal.

—¿Qué ocurre, Lasiter?

—Siento estropearle la noche, pero tenemos muchas cosas que hacer esta noche, señor Marks...

—Pero... ¿no sabe que estoy acompañado?

—Lo siento por la señora Riscoll. Será mejor que la lleve a casa y dejen para otro momento su pequeña fiesta. Es la única forma de que puedan seguir celebrándolas, Marks...

El federal habló con duro acento, y Marks, cubriéndose sus mejillas de una leve palidez, apremió:

—¿Quiere decirme qué ocurre? Supongo que no le está echando un poco de «suspense» a su labor, ¿eh?

—Le estoy echando demasiada calma, señor Marks. Mientras nosotros nos dedicamos a practicar la cortesía social, con cenas y salidas, hay quien aprovecha mejor el tiempo. ¿Sabe lo que es el...

—Bajó la voz para terminar sus palabras—.

M-87F?

El rostro de Raymond Marks se tornó totalmente lívido.

—¿Cómo... cómo conoce usted...?

Sonrió Lasiter, aunque no consiguió más que esbozar una mueca.

—Podía conocer cuánto quisiera solamente con comprar el nuevo número de cierta revista... Pero la verdad es que la noticia me ha llegado de Washington, donde no se puede decir que estén muy contentos por saberla...

—¡Santo Dios! ¡Estoy hundido! —exclamó Marks.

—Ningún hombre está hundido mientras puede luchar. Pero no es aquí donde tenemos que hacerlo. ¿Quiere ir a recoger a la señora Riscoll? Le espero fuera y le seguiré con el coche. Otro hombre me acompaña, pero es un compañero del que ya le hablé esta noche.

En silencio, Raymond Riscoll dio la vuelta.

El agente especial volvió a salir. Ya en el coche, Colé preguntó:

—¿Cómo le ha cogido la noticia?

—Píñchale, y si encuentras una sola gota de sangre en sus venas, te la pagaré a cien dólares la gota... No me arruinarás.

—Creo que para arruinados basta con él. ¡Maldita sea, Ward! ¿No es esto una porquería? ¡Bastardos quienes sean! ¿Es que no puede un hombre exprimir su cerebro para servir a su patria

honradamente? ¿Es que tiene que haber algún perro que siempre hinque el diente cuando menos se espera?

—No estoy para responder a tantas preguntas, Colé. Pero te aseguro que nada ni nadie me detendrán hasta dar con este perro o lo que sea en el lugar que yo sé que debe estar. Lo que no te puedo decir es en qué forma lo voy a entregar cuando lo coja. ¡Y lo cogeré!

En aquel momento hizo su aparición la pareja que esperaba y uno de los empleados del club trajo el coche de Raymond Marks.

No creo que pueda ni siquiera conducir...

—Le está dando las llaves a ella...

Vamos a seguirle. Cuando la deje yo subiré a su coche y tú nos seguirás... ¡Andando!

Ambos coches se pusieron en marcha al mismo tiempo.

Habían pasado toda la noche levantados. A las seis, Raymond Marks fue a afeitarse, tomar un baño y cambiarse de ropa. Antes de imitarle, Ward Lasiter ordenó a su compañero:

—Ve a tu hotel para recoger las noticias que se hayan recibido. Luego ocúpate de la muchacha ésa, de Belice Ramsay...

—¿Dónde te localizo?

—En la «Electronic Company Marks». Vamos a tener una reunión un poco movida. Si antes de marchar yo de aquí puedes darme alguna noticia sobre Rollins, me servirá.

—Lo intentaré.

Jerome Colé salió, y cuando Lasiter se dirigía a su habitación, Jervis, el mayordomo, le abordó:

—¿Puedo servirle en algo, señor Lasiter?

—Sí, Jervis. Súbame una jarra de café bien fuerte a mi habitación, y cuando se reciba una llamada telefónica para mí, ocúpese de que me sea pasada a la habitación.

Jervis le sirvió el café, que fue tomando a pequeños sorbos mientras se afeitaba. Pese a la noche pasada en eterna discusión de posibilidades con Raymond Marks, pero sin llegar a ningún resultado positivo.

Estuvo listo para partir hacia la fábrica y se reunió con Raymond Marks en la planta baja. Sonó el teléfono, pero la llamada era para el industrial. Habló desde el despacho, y había un brillo extraño en sus ojos cuando salió.

El teléfono volvió a sonar. Era Jerome Colé con los informes

sobre el comandante Rollins, que eran totalmente favorables. Ward Lasiter se alegró de tener alguien más en quien poder confiar plenamente.

Emprendieron el camino, cada uno en su coche. El agente especial agradeció la soledad que el viaje le proporcionaba para poder ordenar algo sus pensamientos. No sabía lo que haría, pero en su interior la decisión estaba tomada: ¡atacaría por todos lados!

Tenía la convicción de que el verdadero hilo estaba entre la maraña de cabos que sus dedos rozaban. Había muchas cosas que necesitaba investigar a fondo, y lo haría por encima de todo.

Una sucesión de nombres se barajaba en su mente. Y también de circunstancias.

¿Por qué estaba en Reading un tipo como Albert Lein y qué relación tenía con Belice Ramsay, la amiga del ingeniero jefe de la «Electronic Company Marks»?

¿Cuál era la verdadera vida de Howard Friborg y, especialmente, su situación económica?

¿Hasta dónde llegaba la ambición de poder que había brillado en los ojos de Cari Comert cuando se refirió a su futuro político?

¿Por qué había cambiado la actitud de Silvia Marks respecto a un hombre al que antes era notorio que despreciaba y junto al que Ward la había visto en situación bastante amistosa?

Tenía otras muchas más preguntas que le gustaría poder responderse; pero, de momento, se hubiera conformado con hacerlo nada más que a las formuladas. En las respuestas estaba seguro de tener la clave.

Llegaron al aparcamiento de la fábrica.

—Quiero hablar con usted, Lasiter... —dijo Marks—. Vayamos a mi despacho, antes de que reúna allí a Howard y Cari.

—Iré ahora mismo, señor Marks. Primero quiero tener unas palabras con el comandante Rollins.

—No tarde, por favor.

El agente especial buscó al comandante Rollins y le mostró su credencial. Si su estado de ánimo hubiera sido otro, habría soltado la carcajada ante la cómica expresión que el exmilitar compuso al ver el carnet.

—¿El

F. B. I.?

¿Qué ocurre, señor Lasiter?

—Tendrá oportunidad de saberlo dentro de muy poco tiempo, Rollins. Por el momento, quiero que me responda a una pregunta: ¿ha notado alguna anomalía, algún fallo en los circuitos de seguridad?

—¿Cuándo, señor?

—Pongamos... en los últimos seis meses.

—No, señor. No ha ocurrido nada que llamase mi atención.

—Está bien. No tengo tiempo ahora para darle más explicaciones, pero abra bien los ojos y avíseme de cualquier cosa que no le parezca normal. ¿Entendió?

—Correcto. Lo haré así.

Fue hasta el despacho de Marks, que le esperaba visiblemente preocupado. Pero su preocupación le pareció al federal diferente a la que experimentaba la noche anterior. Y más reciente.

—¿Qué quería, señor Marks?

—Tengo algo que decirle. Y es importante, al menos para mí, aunque sea en otro sentido... Anoche, cuando llevé a Zena a su casa, le explique quién era usted en verdad. Puesto que la situación iba a explotar y tenía que darle una justificación a mi comportamiento, creí conveniente hacerlo así.

—No tiene importancia que lo haya hecho, señor Marks. ¿Por qué le preocupa?

—Poco antes de salir, como usted vio, me llamaron por teléfono: era Zena. No ha podido dormir, puesto que tenía algo que decirme. Supone que todas las personas que me rodean van a ser investigadas y quiere anticiparle que de ella encontrarán algo en sus archivos.

Lasiter miró con extrañeza al industrial. Lo que acababa de escuchar le había sorprendido. Marks siguió hablando.

—No es nada que tenga que ver con asuntos industriales ni algo parecido. Pero su esposo, Resoli tuvo alguna cuestión con el F. B. I.,

por asuntos de narcóticos. La complicó a ella, y su oportuna muerte fue un bien para todos... ¿Se da cuenta? Yo quiero a Zena y sé que no tiene nada que ver con lo que ocurre... ¡No quiero que la mezcle en ello, Lasiter!

—No tengo tal intención. No obstante, ha hecho bien en sincerarse con usted y usted haciéndomelo saber... ¿Algo más?

—No. Voy a llamar a Friborg y a Comert.

—Hágalo. Veremos su reacción cuando sepan la noticia. Puede resultar interesante.

El primero en llegar fue Cari Comert. Saludó con un breve «buenos días» y miró a Marks.

—¿Qué querías, Raymond?

—Espera a que llegue Friborg y me ahorraré una explicación. Además, lo que tengo que decir lo debéis escuchar los dos al mismo tiempo...

—Creo que Howard no ha llegado todavía. Cuando menos, su coche no está en el aparcamiento...

Nadie le respondió. Lasiter le observaba atentamente, pero no demostraba la menor inquietud. Puso su atención en revisar el estado de sus manicuradas uñas, pero no soportó demasiado tiempo el silencio reinante.

—Debe ser algo importante lo que vas a decirnos, y no muy alegre, juzgando por tu cara de funeral... ¿Quién se ha muerto?

Marks casi saltó.

—Es posible que estés en lo cierto. ¡Puede ser que a estas horas esté ya muerta la «Electronic Company Marks»! ¡Pero lo que más me duele es que haya muerto tan vilmente apuñalada por la espalda, Cari!

El ingeniero perdió su característica sonrisa.

—¿Qué estás diciendo, Raymond?

—Será mejor que te lo explique Lasiter... Yo no puedo hacerlo...

—¿Lasiter? Solamente entró ayer en la empresa y me parece un poco presuntuoso por su parte arrogarse el derecho a informarme...

—¡Déjate de tonterías! —bramó Marks—. Para lo que tiene que decirte está más indicado que yo: ¡es un agente federal!

Comert le miró como si fuese un bicho raro.

—¡Vaya! Ya me parecía que no tenía pinta de secretario... Pero confieso que no se me ocurrió pensar que fuera un «polizonte»... ¡Suelta ya lo que sea,

«G-man»!

¿No es como les llaman en el cine?

Antes de que Lasiter respondiera sonó uno de los teléfonos. Raymond Marks lo descolgó y luego lo pasó al agente especial, diciéndole:

—Es para usted, Lasiter.

Ward Lasiter tomó el auricular y escuchó atentamente lo que alguien le comunicaba. Su rostro se fue endureciendo al tiempo que en sus ojos brillaba una extraña luz.

Los otros dos hombres le miraban en silencio.

V

EL silencio se hizo profundamente pesado en el despacho. Al fin, Marks no pudo soportar la tensión.

—Estamos esperando, Lasiter...

Comert hizo un gesto un tanto despectivo.

—Me temo que nuestro amigo el federal tiene una idea un tanto especial de la valía del tiempo... Piensa que también a nosotros nos paga el Gobierno...

—Casualmente —sonrió con ironía Lasiter—, si el Gobierno fuese realmente el que les pagara, bien poco aprovecharía su dinero...

—¿Qué insinúa, Lasiter?

—Afirmo. De nada valen los inventos cuando se ponen al alcance de cualquiera que los quiera aprovechar...

—¡Está loco! ¿Por qué no le mandan a un manicomio?

—Estoy en algo parecido. Pero no tengo tiempo de darle más explicaciones, Comert... El señor Marks se las dará y tal vez sea posible que su brillante inteligencia nos pueda decir cómo alguien está robando los secretos de la «Marks», ¿eh?

La sangre afluyó a las mejillas del ingeniero. Avanzó hacia el agente especial y trató de cogerle por las solapas de su traje.

—¡Le voy a enseñar...!

Ward se zafó con un violento ademán. Fue cuando intervino Raymond Marks.

—No está inventando nada, por desgracia, Cari...

—¿Es por eso por lo que está aquí? ¿Por qué no me lo dijiste? ¡Tenía derecho a saberlo! ¡Soy el supervisor de los trabajos!

—No culpe al señor Marks. Yo lo pedí en esa forma y él tenía que complacerme... Pero creo que es inútil seguir discutiendo.

Tengo que volver a Reading.

—¿Ocurre algo, Lasiter? —preguntó Marks.

—Sí. Han asesinado a la chica que vivía con Friborg...

—¿Todavía no ha llegado Howard...? —inquirió Marks al otro ingeniero cuando pudo reponerse de la sorpresa causada por las palabras del federal.

—¡Ni vendrá! ¡El muy cerdo! ¿A qué espera, «G-man»?

¡Ya sabe lo que tiene que hacer! ¡Ya tiene a un asesino y a un cochino traidor!

—¿Por qué está seguro de que ha sido él?

—¡Porque sí! ¡Porque le conozco! ¡Ese cerdo ha cortado el cuello a su golfa para que no le delate! Y siempre pensé que sería capaz de vender a su propia madre por medio dólar... ¡Ya lo ha hecho!

—Creo que es demasiado pronto para opinar. Voy a ir a la ciudad, pero volveré. Lo ocurrido no debe servirnos de base para pensar que todo se ha resuelto... Aunque haya sido Friborg, nos falta averiguar muchas cosas...

—¿Y si viene? ¿Qué hacemos si aparece Howard? —preguntó el director de la compañía.

—Ahora mismo daré órdenes a Rollins para que le detenga si aparece por aquí... Luego les veré...

Dejó a los dos hombres cuando se iniciaba entre ellos una violenta discusión. Pudo escuchar cómo Comert acusaba a Marks por haber mantenido junto a ellos a un hombre como Howard Friborg.

Se entrevistó con Rollins y comprobó que el ingeniero jefe todavía no había llegado a la planta de la «Electronic Company Marks».

—Ya sabe lo que tiene que hacer si es que apareciera por aquí... Subió al «Mercury» y tomó el camino de la ciudad.

Su mente trabajaba a marchas forzadas. Como había expresado ante Marks y Comert, no quería dejarse ganar por la aparente evidencia de los hechos antes de examinarlos.

Era indudable que la ausencia no favorecía a Friborg. Y que todo se volvía contra él. Si se buscaban motivos para la muerte de Belice Ramsay, los tendría sobrados, con toda seguridad.

La muchacha no era fácil que hubiera sido un prodigio de

fidelidad y él parecía un hombre de temperamento demasiado fuerte como para consentirlo.

—Le han seccionado el cuello... —le había dicho Colé.

Y Howard Friborg podía haberlo hecho tranquilamente.

Y también pudo haber sido otro. Por ejemplo, Albert Lein.

¿Motivos? Siempre surgen los necesarios. Pudo ser por no conseguir de la muchacha lo que espejaba. También pudo haberle molestado que avisara a su antigua amiga. Si se andaba escondiendo de ella, no le haría ninguna gracia el «soplo» de Belice Ramsay.

Y pudo ser cualquier otro.

También pudo haber sido una mujer.

Ward Lasiter temía a las «pantallas». El llamaba así a las evidencias demasiado firmes que con frecuencia salían al paso de un investigador. Dejarse llevar por ellas podía conducir por una senda totalmente equivocada. Y si mediaban circunstancias que la justificasen, la falsa evidencia podía tomar carta de autenticidad en forma muy difícil de anular.

Era lo que corrientemente había dado pie a todos los errores judiciales cometidos en el pasado, cuando las cosas se aclaraban, siempre se comprobaba que los jurados habían obrado con la mejor buena fe.

Pero habían sido hábilmente engañados por las apariencias.

Cuando llegó a Reading fue directamente al edificio donde se hallaba la vivienda de Friborg y de Belice Ramsay. Un agente de la Policía local se hallaba en la puerta y trató de impedirle el paso cuando supo al piso donde se dirigía. Mostró su credencial y pudo seguir.

Jerome Colé se hallaba en compañía del teniente de la Policía de Reading. Había sido quien los llamara. También estaban dentro el forense y varios agentes.

—¿Cuándo ha muerto, doctor? —preguntó Lasiter.

—No puedo precisar mucho, pero es fácil apreciar que lleva más de seis horas muerta... Cuando haga la autopsia se lo diré con exactitud.

¡Seis horas! Eran las nueve y media de la mañana, lo que fijaba la muerte entre las dos y las tres y media. Ellos. —Colé y él— la habían visto marchar con Lein cuando no eran más que las siete y

media de la tarde... ¿Qué hizo Belice durante el intervalo?

Contempló a la hermosa muchacha después de levantar la sábana con la que habían cubierto el cadáver. No era una visión muy agradable. La cabeza casi había sido separada del tronco por un enorme tajo dado con fuerza, habilidad y un instrumento sumamente afilado.

—¿Has detenido a Friborg? —preguntó Colé.

—No. Todavía no sé dónde está. Por la «Marks» no ha aparecido esta mañana.

—¡Bien! Esto parece que nos aclara muchas cosas, ¿no te parece?

—No me parece. Aun suponiendo que sea el responsable de todo lo ocurrido aquí, me falta encontrar el lazo de unión con lo que nos trajo a Reading. ¿Y Lein?

—¿Piensas que él...?

—También pudo haber sido... Les vimos juntos y sabes que la chica le había hecho una trastada...

El teniente de la Policía les interrumpió para preguntar si podían retirar el cadáver. Lasiter lo autorizó. Ellos se quedarían a registrar el apartamento.

—¿Qué esperas encontrar, Ward?

—No lo sé, pero quiero ver cuanto haya por aquí. Principalmente me interesa su situación económica.

—¿Empezamos?

—Será mejor que tú te ocupes de Lein. Creo que, cuando menos, tenemos una razón para detenerlo, sin que ello signifique relacionarle con el asunto de la extorsión. Simplemente acúsale de haber sido visto ayer tarde con la chica...

—De acuerdo. Iré por él. Si sus normas no han variado, no se levanta hasta pasadas las doce. Le he vigilado muchos días y puedo hacer el diario de su vida... ¿Dónde le llevo?

Lasiter meditó.

—Tendremos que usar la jefatura local... Me llamas desde allí, si es que no estoy en ella cuando llegues...

Jerome Colé le dejó solo en el apartamento.

Empezó el registro con la natural pericia que el hábito le había dado. Friborg tenía un mueble que le hacía las veces de escritorio, aunque encontró papeles en casi todos los cajones de los muebles.

Principalmente facturas, y no todas pagadas, puesto que había cartas de reclamación para el pago.

Localizó su cuenta corriente y el talonario que utilizaba. No tenía un céntimo. Incluso debía dinero al Banco y le había sido notificado para que lo repusiera. Aquello resultaba extraño.

¿Dónde estaba el beneficio de su traición? Aunque Friborg fuese un hombre cauto, no tenía que llegar al extremo de verse molestado por los acreedores. Con su sueldo bien podía justificar el manejo de un par de miles de dólares. Y ese dinero habría tranquilizado a muchos de los reclamantes.

Cuando creyó que lo único que allí podía hallar serían huellas decidió ponerse en contacto con la Delegación de Harrisburg para que mandasen unos muchachos que lo revisaran todo. Hablo desde el teléfono de Friborg, y el inspector al frente de la Delegación del F. B. I.,

en Harrisburg le prometió hacer lo que pedía.

Iba a salir hacia el cuartel de la Policía cuando el teléfono sonó. Era Jerome Colé.

—El pájaro ha volado, Ward... Y me temo algo peor: creo que me ha estado tomando lindamente el pelo.

—¿Por qué?

—Porque mientras en el hotel pensaban que no había salido, él ni siquiera ha dormido en su cama... Hay una salida posterior, y Lein la conocía. Ha debido estarla utilizando con más frecuencia de lo que parece... ¡Maldito! ¡Y yo que le suponía durmiendo hasta la una!

—No te preocupes... Nos reuniremos igualmente en la jefatura. Hay que dar la orden de captura de Friborg y de Lein. Ambos tienen muchas cosas que explicar... si pueden hacerlo.

Así lo hicieron, y luego, nuevamente en el coche de Raymond Marks puesto a disposición de Ward Lasiter, examinaron la situación.

—Todo lo ocurrido no modifica el problema, Colé... Aunque Friborg fuese el traidor, no podemos quedarnos sin averiguar cómo conseguía vulnerar el sistema de protección de la «Marks». Otro podría hacer otro tanto...

—Siendo él ingeniero jefe... ¿No iba a tener oportunidades?

—No. Eso es lo extraño. Ni siquiera Raymond Marks hubiera

podido obtener un solo número anotado dentro de la sección... —le respondió Lasiter, y luego le explicó el detalle de la protección especial que Marks le había revelado.

—No lo entiendo.

Tampoco yo. Y ya van siendo muchas las cosas que no comprendo... Howard Friborg no tenía un centavo. ¿Qué hizo con el dinero que le dieran por los planos?

—Lo ocultaría. Si demostraba nadar en la abundancia..., ¿no sería sospechoso?

—Tanto como vivir acosado por los acreedores, pudiendo evitarlo...

—Podía ser una pantalla.

—No lo creo. Friborg me dio la impresión de que no le gustaba mi presencia en la «Marks» pensando en mi sueldo... Creo que realmente agradecía encontrarse en la calle un billete de cinco dólares...

—Tenía que ganar un buen sueldo...

—Tú conociste a Belice... ¿Imaginas lo que una chica así es capaz de gastar?

Volvieron a entrevistarse con el teniente de la Policía local y le pidieron que cursara la orden de detención de los dos hombres desaparecidos. También le informó Lasiter de que llegarían los del servicio de Huellas de la Delegación de Harrisburg.

Ellos decidieron regresar a la fábrica.

Por el camino Lasiter habló con su compañero.

—En Washington quedaron en ponerse en contacto con los editores de la revista que reveló los secretos de

R-26A

y del

M-87F.

Nuestras relaciones diplomáticas son buenas y esperamos conseguir algo, aunque lo natural es que el vendedor haya camuflado su identidad. Pero hay otro punto que quisiera aclarar: ¿cuánto habrán pagado por el trabajo? Llamaré desde la fábrica.

Rodaba ya el «Mercury» por el valle en cuyo fondo refulgía la luminosidad de las edificaciones de la «Electronic Company Marks».

Su cuerpo central, tan encristalado, lanzaba destellos al ser herido por el sol del mediodía.

Pasaron dos días.

Las investigaciones no habían adelantado gran cosa, y ni Lein ni Friborg habían dado señales de vida.

Los dos agentes federales pasaron las horas dentro de la planta, tratando de hallar un medio que burlase el perfecto sistema de protección. Fracasaron.

La pista de los editores de la revista estaba cortada. Efectivamente, habían recibido el trabajo como remitido por un científico de renombre. Dicha persona, naturalmente, no sabía nada del asunto cuando fue interrogado.

Respecto al pago, no existía. La revista mantenía abiertas sus páginas a todos los colaboradores que tuvieran a bien remitir trabajos que merecieran ser publicados. Pero tales publicaciones eran absolutamente gratuitas y se consideraban como un buen medio de difusión de ideas y de contactos. Nunca le faltaban originales para su tirada.

Por tanto, para Ward Lasiter la intervención de Howard Friborg resultaba muy inverosímil. No concebía que un hombre como él pudiera arruinar definitivamente su carrera por un asunto que no le reportase ni un solo dólar de beneficio.

Lasiter decidió ampliar el radio de sus investigaciones. En una ocasión que con el comandante Rollins comprobaba uno de los puntos de seguridad exterior señaló hacia las blancas edificaciones que punteaban las lejanas colinas.

—¿Quiénes ocupan esas viviendas, Rollins?

—¡Hum! Es difícil precisarlo, señor Lasiter... Hay muchos propietarios que ni siquiera son de por aquí. Tienen esas cabañas para pasar en ellas una temporada o un fin de semana... Otras se alquilan por temporadas... ¿Piensa usted que allí...?

—No. —Ward Lasiter rechazó la idea. Estaban demasiado lejanas para constituir ninguna posibilidad.

—¿A qué distancia cree que se encuentran, Rollins?

El valle tiene unas veinticinco millas de ancho, y estamos prácticamente en su centro... Cálculo que de doce a quince millas.

Y Lasiter completó tales palabras con otro pensamiento: en línea recta sería siempre mucho menos... ¿Pero... era posible lo que estaba pensando?

Cuando se comunicó con Colé, que seguía las investigaciones

sobre los pasos dados por Lein en la ciudad, le comunicó:

—Voy a ir a Washington, Colé...

—¿Ocurre algo, Ward? Algo nuevo, por supuesto.

No se atrevió a exponerle sus pensamientos.

—No. Pero estamos estancados en este valle y ello supone una pérdida de tiempo que jamás podremos recuperar... Tengo algunas ideas que quisiera comprobar con alguien que sepa más que yo de ciertos asuntos... Por ello voy a hacer el viaje.

Se despidió de Raymond Marks, prometiéndole regresar pronto. Pero en el último instante le formuló una pregunta:

—¿Está seguro de que el plano reproducido en la revista, el del R-26A,

ha sido copiado? ¿No pudo ser... fotografiado?

—No, Lasiter. En tal caso, la escala sería la misma del original, y es fácil comprobar que no ocurre así...

—También es fácil que eso precisamente sea lo que se nos haya hecho creer, señor Marks...

El industrial le miró visiblemente perplejo.

—No. No es posible. ¿Cómo podían haber hecho esas fotografías? No olvide que, prácticamente, los originales siempre han estado tan seguros como en el interior de la caja fuerte.

—Sí, señor Marks. Pero la caja fuerte es demasiado transparente. ¿No se ha percatado de ello?

Era su extraña idea. Algo que necesitaba confirmación de quien pudiera opinar con un criterio más justo. Y siguió hablando:

—Pero no olvide que, al igual que usted fabrica cerebros electrónicos que ejecutan trabajos que rayan en lo maravilloso, en todos los campos de la investigación se progresa a un ritmo imposible de imaginar.

—Aun así, Lasiter... ¿Qué supone?

—Nada. Nada supongo. Pero me estoy acordando de un maldito incidente que no favoreció demasiado a nuestro país... Ocurrió el día 1 de mayo de 1960... Su personaje central fue un oficial al servicio del Gobierno llamado Francis Gary Powers... ¿Le dice algo ese nombre?

Ahora Raymond Marks le miró como si Lasiter se hubiera vuelto completamente loco.

—¿Está hablando del...

«U-2»?

—Ésa es la idea que me sirve de base. No digo que nadie haya utilizado un

«U-2»

para hacerle estas trastadas, señor Marks; pero... ¿no hubiera sido posible si disponía de él?

—No lo sé. La cuestión me parece tan disparatada que no le puedo responder. Si, como dice, hay otras personas que pueden hacerlo, vaya a verlas, Lasiter... ¡Vaya a verlas!

—Es lo que pienso hacer, señor Marks. Y le ruego que no haga comentarios sobre lo que le he dicho con nadie.

VI

EL agente especial del

F. B. I.

Ward Lasiter se hallaba rindiendo informe personal ante sus jefes. Atentamente le escuchaban uno de los más directos colaboradores de John E. Hoover y un inspector al que primeramente había rendido cuenta de la situación.

—Así, pues, su sospecha es que ese plano pudo ser fotografiado desde algún punto, por lejano que éste sea..., ¿no, Lasiter?

Ward asintió. Sabía que nunca la teoría de un agente especial era considerada como utópica o fruto de una mente desquiciada. Les habían preparado para pensar, para calibrar hasta la última posibilidad, y por ello se les atendía. Después, la comprobación podía aumentar la buena hoja de servicios del agente o bien hacer que se tomasen ciertas previsiones sobre la posibilidad de reacciones similares.

—Sí, señor. Naturalmente, partí de una base casi imposible.

—¿Cuál?

—La utilización de un aparato especialmente dotado para volar en misiones de reconocimiento fotográfico... Un tipo similar a los «U-2»

o algo así... Luego he desechado tal posibilidad, si bien me mantengo en mi intención primera.

—Desde luego, el aparato no creo posible haya sido utilizado. Nuestros servicios de radar lo hubieran detectado, por alto que volase...

—Y un simple helicóptero no habría podido aproximarse al área de la «Marks», porque habría sido advertido por radio de que se alejara de allí...

—¿Entonces?

—He realizado unos diseños, señor, así como los cálculos de posibles distancias... —dijo Lasiter al tiempo que extraía un grupo de papeles de una cartera de mano que había llevado consigo. A un gesto de su superior, los fue extendiendo sobre la mesa...

Los dos hombres de Washington pusieron atención a lo que les mostraba.

—Esto es, en forma de croquis, la situación de la planta en el valle... Vean en este detalle de perfiles la relación de las alturas obtenidas con cifras muy aproximadas, puesto que los datos los he sacado de un plano de la región de muy exacta información. Pero que como base de mi teoría puede servir.

—¿Cuál es su teoría, Lasiter?

—Bien, señor... Opino que una línea recta que parta desde cualquier punto de estas colinas, siempre a partir de esta altura, que es donde empiezan las edificaciones, ha de ser completamente perpendicular sobre toda superficie que presente un ángulo de inclinación de veinticinco a treinta grados con respecto a la vertical en este punto.

—¿Y qué representan esa línea recta, esa superficie y el punto de la vertical a que se refiere, Lasiter?

—Dicho de otra manera, creo que una línea luminosa o el objetivo de una cámara fotográfica alcanzaría perfectamente un tablero de dibujo colocado aquí —señaló el punto de incidencia— si este tablero posee la inclinación dicha. Y he comprobado que los tableros de la sección de «Proyectos» de la «Electronic Company Marks» poseen esa inclinación y su frente está orientado en esta precisa dirección...

Miró a sus jefes. Ahora era el momento en que sabría si había de ser tenido por loco o sus deducciones se tomarían en consideración.

—¿Se da cuenta de lo que dice, Lasiter?

—Sí, señor. No ignoro que, cuando menos, esa línea recta habrá de tener diez millas o algo más. Y por ello estoy aquí: yo no sé si será posible que existan aparatos dotados de ese alcance para que luego sus fotografías sean claramente interpretables... Pero supongo que alguien me podrá responder a lo que quiero saber.

—Creo que sí, Lasiter. Pero habremos de recurrir a alguien ajeno al

F. B. I.

¿Lo considera preciso?

—Es la única forma en que admito que esos planos hayan podido ser conseguidos. El sistema es tan perfecto en lo que a seguridad se refiere que me atrevo a asegurar que ni el oro del Fuerte Knox tiene mayores garantías.

Los dos jefes del

F. B. I.,

intercambiaron una mirada, y el superior en categoría asintió.

—Está bien. Creo que le pondré en contacto con alguien que le puede responder a sus preguntas... Nos dirigiremos al Servicio Fotográfico del Ejército. Ellos presumen de tener a su servicio, nuevos Argos, capaces de encontrar cinco centavos que alguien haya perdido en un campo de golf... mirando desde cincuenta mil pies...

—No les voy a pedir tanto, señor... Solamente quiero saber si es posible lo que pienso desde una cualquiera de esas cabañas de las colinas y que me describan lo que tengo que buscar...

—¿Y qué hará si la respuesta es afirmativa?

—Reconoceré esas fincas una por una...

—Eso le llevaría demasiado tiempo y el resultado no sería definitivo posiblemente. Puestos al caso, y ya que vamos a molestar al Ejército, creo que la molestia y el favor deben ser completos: ellos pueden hacernos lo que técnicamente han denominado una «all in one».

—¿«All in one»? —repitió Lasiter.

—Sí. Una composición estudiada de un vasto campo fotografiado, en la que se puede distinguir a simple vista todo detalle que se quiera apreciar... Pero antes de nada será mejor que nos confirmen esa posibilidad. Voy a hacer una llamada.

El jefe superior del

F. B. I.

solicitó una comunicación, y cuando se la facilitaron sostuvo una larga charla con un desconocido interlocutor. Al terminar comunicó a los otros hombres:

—Dentro de una hora estará con nosotros uno de los jefes del Servicio Fotográfico. Es la persona indicada para lo que necesitamos. Mientras tanto, entreténgase por ahí, Lasiter. Cuando

llegue el teniente coronel Porges le haré llamar.

—Entendido, señor.

El inspector y Ward Lasiter abandonaron el despacho.

—¿Qué va a hacer ahora, Lasiter?

—Emplearé mi tiempo en comprobar unos datos, señor. Quiero ver lo que los archivos me dicen de una mujer llamada Zena Riscoll. Sé que tuvo algo que ver con el

F. B. I.,

hace ya algún tiempo.

—¿Quién es esa Zena Riscoll?

—La mujer con la que Raymond Marks quiere volverse a casar.

—¿Y cómo sabe que tuvo problemas con el

F. B. I.?

—Ella misma se lo confesó a Marks cuando supo que estábamos metidos en el asunto de la «Marks». Su sinceridad puede ser un dato favorable para ella... y también algo diferente.

Sonrió el inspector. Le gustaba la forma en que Lasiter enfocaba los asuntos. No dejaba nada al azar ni tampoco se fiaba de sus impresiones personales.

—Correcto, Lasiter. Si termina pronto vaya a buscarme y podremos tomar una taza de café mientras llega el hombre que nos sacará de dudas.

—Sí, señor. Lo haré así.

Ward conocía el edificio lo suficiente como para no tener que solicitar ayuda de ningún compañero para llegar hasta los enormes archivos del

F. B. I.,

donde millones de fichas, debidamente clasificadas, facilitan datos sobre la identidad de un elevado porcentaje de los ciudadanos de la nación.

No solamente los delincuentes figuran en sus archivos dactilares. Millones de otras personas que por razón de sus cargos o simplemente por motivos particulares quieren vivir con la garantía de que siempre serán identificadas si les ocurre algo solicitan voluntariamente del Federal Bureau of Investigation que sus huellas se archiven allí.

En una nación de tantos millones de habitantes, muchos casos de amnésicos, de personas que han visto perturbadas sus facultades

mentales inesperadamente o que han hallado la muerte en accidentes cuando carecían de documentos de identificación han sido rápidamente localizados gracias a esa previsión que tuvieron.

Naturalmente, los que por una razón u otra han tenido cuentas pendientes con la justicia poseen luego diferente «*dossier*» con su historial.

Zena Riscoll era de estas últimas.

Había sido detenida por el

F. B. I.,

acusada de complicidad con su marido en la distribución y venta de narcóticos, que él obtenía con recetas extendidas a nombre de personas que ni siquiera le conocían ni nunca le habían visitado como pacientes.

Pero cuando fueron a detener al doctor Riscoll, ella emprendió la huida y él encontró la muerte al estrellarse el vehículo que conducía.

La mujer fue detenida y compareció ante la Ley, pero allí pudo demostrar que su intervención había sido forzada por el temor a las amenazas del que era su marido. Fue condenada a una corta pena y la sentencia suspendida.

Aquello no parecía tener punto alguno de contacto con lo que el F. B. I.,

buscaba ahora, y Lasiter se alegró por ella y por Raymond Marks, que parecía profundamente enamorado de la mujer. «No ha tenido mucha suerte en la vida», fue lo que le había dicho al referirse a aquella etapa de su pasado. Y Ward deseó que pronto pudiera Marks hacerla olvidar y ofrecerle un futuro completamente distinto.

Recordó la taza de café que le habían ofrecido y decidió ir a tomarla. Se sentía, en cierto modo, satisfecho de cómo marchaban las cosas. Era la primera vez que se enfrentaba al condenado asunto con la posibilidad de haber agarrado la pista buena, la que le conduciría hasta localizar al nuevo Argos que tan perfectamente consumaba su traición.

Pero hubo de resignarse sin el café.

Apenas se había reunido con el Inspector, les avisaron que reclamaban su presencia en uno de los despachos. Volvieron a él y ya se hallaba allí un hombre uniformado cuyas insignias revelaban que su grado era el de teniente coronel.

Se hicieron las presentaciones y rápidamente pasó Larry Porges, que era el nombre del militar, al estudio de los croquis realizados por Ward Lasiter.

Testigos mudos de su examen los tres hombres allí presentes, esperaron sus palabras.

—Indudablemente, la idea es realizable —fueron sus primeras palabras—, pero... necesitará contar con varios elementos de importancia la persona que se atreva a realizar este trabajo...

—¿Cuáles son? —inquirió Lasiter.

—Primero: dinero. Un equipo para realizar lo que se supone que alguien está haciendo, requiere una fuerte inversión... Aparte del valor de los instrumentos, hay que llevarlos, instalarlos y disponer del lugar adecuado... No es el clásico caso del hombre que con una simple cámara se acerca a un lugar y la dispara...

—Supongamos que tiene el dinero. ¿Qué más?

—Conocimientos de fotografía. El equipo es complicado y mucho más revelar las fotos para que resulten lo suficientemente nítidas... No se olviden que lo que han fotografiado son simples líneas y cifras... Tendría que ser un auténtico profesional. Profesional de la fotografía, se entiende.

—¿No podría ser un profesional... del chantaje?

Ward pensaba en Albert Lein. ¿Era aquel trabajo a justificación de su presencia en Reading?

Ya Larry Porges le respondía, sonriendo:

—Valdría. Por regla general, esos tipos son auténticos artistas que alcanzarían renombre si se decidieran a trabajar honestamente.

—¿Eso es todo cuanto necesitaría, Porges?

—No. También habría de ser un hombre de infinita paciencia o contar con un cómplice dentro del lugar donde se hallasen los planos...

—¿Quiere explicarse?

—Es sencillo. Normalmente, la persona que trabaja ante un plano lo está ocultando con su propio cuerpo. El que hubiera de obtener la fotografía habría de esperar el momento en que esa persona se ausentase de delante del tablero, dejándole allí el tiempo suficiente para la exposición que la fotografía requiere. Por ello digo que habría de tener paciencia para esperar esa oportunidad.

Salvo en el caso de tener un cómplice manejando el plano, ¿no

es lo que quiere decir?

—Claro. Siendo así, la cuestión se simplifica. Su cómplice colocaría el plano y se apartaría el tiempo que hiciera falta para que las fotografías hubieran sido obtenidas. Y si algo fallaba, se volverían a repetir.

La mente de Ward Lasiter hubo de volar al encuentro de la imagen de Howard Friborg. O la de otro. ¿Por qué tenía que ser Friborg el traidor? La muerte de Belice solamente podía inculparle de asesinato y ser la causa de su desaparición. No podía olvidar que por las apariencias, Friborg no tenía un solo dólar, ni tampoco los había conseguido por su traición.

Se dio cuenta de que ahora era el eje de las miradas de los otros tres hombres. El jefe del

F. B. I.,

le preguntó:

—¿Qué nos dice, Lasiter?

—Admito esa última oportunidad, señor. Es casi seguro que contaba con un cómplice dentro de la «Marks». O, para ser más exacto, el que hacía las fotos era el cómplice del verdadero traidor...

—Sus palabras indican que sabe de quiénes se trata, ¿no?

—Sospecho quién hizo las fotos. Pero por el llegaremos al otro. Solamente que, antes, hemos de localizar su escondite. Bien pudiera ser que estuviese donde tiene el material de que se vale y, por ello, lo que sugirió usted, señor, sobre localizar el lugar...

—Sí. Ahora nos dirá el teniente coronel si es posible.

Le expuso la idea.

—Lo es, señor. Si consigue la autorización, yo mismo me encargaré de que uno de nuestros pajaritos haga una pasada por la zona. Si están allí, es decir, si no han retirado su material, tenemos que verlo... No son precisamente unos prismáticos para llevar al Derby...

—¿No hay peligro de que vean lo que hacemos?

—Imposible. A la altura a que se trabaja, somos como el agua y algo más: Inodoros, Incoloros, Insípidos, Invisibles y totalmente silenciosos. Y en esos dos minutos se habrán hecho más de dos mil exposiciones que, montadas debidamente, nos harán una maqueta maravillosa de toda la zona.

—Creo que conseguiré la autorización, teniente coronel... Y cuando la obtenga, ¿qué tiempo le llevará?

—Muy poco. Tenemos una base de nuestros buenos pajaritos en un lugar de Kentucky... Entre que me lleven, hacer el trabajo y estar de vuelta, no pasarán más de cinco horas desde el momento en que me den la orden de salir.

—En ese caso, cuando llegue a su despacho ya la tendrá esperándole. Y nosotros esperaremos con ansiedad sus noticias, amigo Porges.

—Serán favorables, ya lo verán.

Se despidió de los tres hombres y partió. Rápidamente el

F. B. I.,

se puso en movimiento para que cuando el teniente coronel Porges llegase a su despacho, encontrase allí la orden de partir hacia la base de los

«U-2»,

en Kentucky.

—¿Qué me ordena hacer, señor? —pidió Lasiter.

—Creo que debe regresar a Reading. Le enviaremos el resultado de lo que el teniente coronel Porges obtenga para nosotros. Y siempre es conveniente que no pierda usted de vista el terreno.

—Sí, señor.

Seguidamente dispuso su regreso al valle donde se hallaba enclavada la «Electronic Company Marks».

Había realizado el viaje en el «Mercury» de Raymond Marks y en él emprendió el retorno. Durante el viaje, en su cabeza seguían bullendo los más extraños pensamientos. Indudablemente, Albert Lein quedaba ya definitivamente clasificado en lo que a su actuación se refería, pero seguía sin resolverse a considerar al desaparecido Howard Friborg como el hombre que había contratado sus servicios.

¿Cómo pensaba pagarle? Dejando a un lado la necesidad de poseer dinero para el costoso equipo, como dijera Larry Porges, si por la información no había obtenido un centavo, ¿cuáles eran sus planes?

Y además estaba Albert Lein. Esa clase de granujas solamente trabaja sobre seguro. Ni las más firmes promesas de una fructífera recompensa le hubieran hecho aceptar ocuparse del asunto. Para

hacerlo, primero tuvo que ver el color de los billetes del que le empleaba.

Cayó en la cuenta de que todavía se habían dejado de ocupar de las pertenencias de Albert Lein.

Y fue lo primero que hizo, tan pronto como llegó a Reading y se reunió con Jerome Colé.

En el hotel seguían manteniendo reservada la habitación del desaparecido. Tenía allí todo su equipaje y había pagado por adelantado todo el mes. Ello significaba que también pensaba continuar en Reading. Ello hacía más extraña su desaparición.

Ambos hombres se dedicaron a un registro a fondo de la habitación y de todo cuanto en ella había.

—Creo que he hallado algo, Ward... —avisó Colé. Estaba en el cuarto de baño y había descolgado el pesado espejo situado ante el lavabo.

En una entalladura, hecha con una navaja y después taponada con jabón al que se había procurado dar una pátina de cosa ya antigua en tal lugar, apareció una diminuta llave.

—Creo que es de una caja de seguridad. Ahora nos hace falta localizar el sitio donde la caja nos espera... ¿Crees que sea en Reading?

—No lo sé. Habremos de probar, y si así no fuera que se ocupen los de Washington. Pero hoy ya no podemos hacer nada, Colé. Creo que debo hacer acto de presencia en casa de Raymond Marks. Van a sospechar que me he unido a la lista de desaparecidos.

—Está bien, pero si te parece, yo puedo ver al teniente de la Policía. Es posible que ellos conozcan algo sobre las llaves de las cajas que hay por aquí.

—De acuerdo.

VII

EL agente especial Ward Lasiter consideró que había llegado en mal momento a la residencia de los Marks.

Apenas le hubo abierto la puerta Jervis, llegaron a sus oídos las destempladas voces que profería Raymond Marks. Una voz de mujer —la de Silvia— le replicaba.

Pero su entrada pareció poner punto final a la discusión. Del amplio salón salió la joven con las mejillas arrojadas por la excitación, y al verle allí, se sintió violenta.

Intentó sonreír.

—Hola, Lasiter. ¿Cuándo ha llegado?

Sin duda temía lo que el federal hubiera podido escuchar de la discusión.

—Acabo de entrar.

—Siento no poder atenderle, Ward... Me duele la cabeza y —sonrió— en esta ocasión no es una argucia para eludir su presencia, ¿me cree?

—No tengo razones para no hacerlo. Ni usted para mentir.

—Ahí encontrará a esa vieja mula tozuda que tengo por padre. ¡Y no se escandalice por mi lenguaje! Cuando me ponen en el disparadero..., ¡explota!

Le hizo un gesto con la mano y continuó su camino en dirección a la escalinata que conducía al piso superior. Ward siguió hacia el salón.

Marks se encontraba junto a la mesa que contenía las bebidas y se servía algo en un vaso, donde estaba añadiendo unos cubos de hielo.

—Hola, Lasiter. Sírvese si gusta.

—Gracias —respondió el agente especial, aproximándose a las

bebidas.

—¿Cuándo ha llegado?

—Entré hace un momento.

—Me refería a Reading... ¿Qué resolvió por Washington? Supongo que ya estarán encendiendo la hoguera donde van a sacrificarme, ¿no? —dijo Marks con ironía llena de amargura en la voz.

—No he visto el humo por ninguna parte... Además, hay que esperar que pronto tengamos buenas noticias, señor Marks... ¿Por qué no?

—¡Vamos, amigo Lasiter! No es preciso que también mantenga esa postura ante mí. Creo que estando a solas podemos reconocer los dos la verdadera situación.

—¿Y cuál es?

—Pues que usted ha fracasado y que yo estoy hundido...

—¡Hum! Si lo quiere pensar así, piénselo para usted solo. Yo creo que terminaremos ganando... ¿Por qué no ha de ser así?

—¡Porque son más listos que nosotros!

—Nadie es más listo que nadie. Creo que todo en la vida es cuestión de momento, de oportunidad... Si le pregunta usted al último técnico de la Western Unión, le dirá que él, de haber vivido en su momento, habría descubierto lo mismo que Edison y Bell juntos... Y siempre será igual...

—Pero ahora el descubrimiento es diferente: no le veremos por mucho que nos matemos las pupilas... ¿No quiere darse por vencido?

—No. La paciencia siempre ayudó en todas las investigaciones y usted debía saberlo mejor que yo. Tengamos paciencia.

—Yo la empiezo a perder ya, Lasiter. Empiezo a descubrir que no soy tan joven como pensaba. Pienso si todo esto no me servirá para poder vivir los últimos años de mi vida, en forma muy diferente. ¿Por qué no voy a mandarlo todo al diablo? Puedo hacerlo y junto a Zena intentar encontrar un poco de paz..., ¿no le parece?

—Creo que la respuesta tan sólo se la puede dar su conciencia, señor Marks... Pregúntele a ella.

—¡Bah! ¡La conciencia! Creo que nadie me la podría enseñar como yo la necesitaría: como algo tangible que exponer al

microscopio y averiguar de qué está hecha... Me gustaría.

—Y dejaría de interesarle después. ¿Cómo han ido las cosas por aquí?

—Mal. Todo ha ido mal. En la fábrica, ahora cada uno se siente vigilado y la susceptibilidad está a flor de piel. La ausencia de Friborg me obliga a conceder mayores prerrogativas a Comert y ya no le falta más que decirme si puedo o no puedo sonarme la nariz cuando vaya a estornudar. ¡Es un imbécil!

—Usted ya le conocía, señor Marks.

—Creo que le estoy descubriendo ahora. Y, encima, esta tonta hija mía da un cambio radical a sus conclusiones e ideas cuando menos falta me hace.

—¿Por qué?

—Pues porque nunca pudo ver a Comert ni en pintura y ahora parece dispuesta a intimar con él... ¡No lo consentiré! ¡Sé lo que ambos están buscando!

—¿Puede decírmelo?

—No tengo que guardar el secreto, Lasiter. Ella busca en él un aliado contra Zena. Piensa que Comert me convencerá de que no me case con ella... Y él no quiere más que usarla como un escalón para subir más. ¡Pero no lo hará!

—No se excite y de tiempo al tiempo.

—No tengo más remedio que dárselo. ¡Maldita sea!

Jervis les avisó para la cena.

Terminada ésta, no hubo sobremesa. Raymond Marks tenía que salir y Lasiter supuso que iba a reunirse con Zena Riscoll. Y él estaba demasiado cansado del viaje para desear otra cosa que entrar en su lecho y dormir, cuando menos, ocho horas seguidas.

Ya estaba acostado cuando algo le molestó. El balcón de su habitación, que se abría al jardín, no estaba totalmente cerrado y como se había levantado un poco de aire, las maderas batían contra sí con un ruido molesto.

Se levantó a fijarlas y algo que vio le inmovilizó allí. Una figura de mujer, Silvia Marks, paseaba por uno de los senderos del jardín.

La observó.

Parecía buscar o esperar a alguien. ¿Quién podía haberla citado a tal hora y en semejante sitio? Solamente pensó en un hombre: Cari Comert.

Y, efectivamente, una figura masculina se destacó por unos momentos en un lugar cercano a dónde la joven se hallaba. Desde su elevada posición, Lasiter los veía a ambos, si bien el hombre se intentaba ocultar bajo las anchas hojas de una de las plantas que allí crecían.

Ya había llamado la atención de Silvia y ella acudía hacia el lugar donde el hombre se hallaba. Lasiter siguió observando.

Lo que vio le hizo lanzar una maldición.

La muchacha había llegado hasta el punto donde el hombre la esperaba pero rápidamente trató de alejarse. No lo consiguió. Fue claramente visible para Lasiter cómo el hombre la atenazaba con fuerza y luchaba contra los intentos de la muchacha para desasirse de él.

Le pareció que Silvia intentaba gritar y que él se lo impedía con algo que pretendía aplicar a su boca. La resistencia de Silvia pareció decrecer.

Todo ello fue tan rápido que casi no pudo reaccionar Ward Lasiter. Lo primero que hizo fue acercarse al lugar donde había dejado su arma y volver corriendo hasta el balcón que abrió por completo.

El hombre caminaba hacia la salida llevando a Silvia sobre su hombro. La joven parecía desvanecida y Lasiter comprendió que no era acallar sus gritos lo que el agresor pretendía cuando le acercaba algo a la boca: la estaba narcotizando.

Alzó la 38, y al mismo tiempo que lanzaba un grito de ¡alto!, disparó hacia la salida, por delante del hombre que llevaba a Silvia con él.

Sintió cómo la bala pegaba en los hierros de la verja, pero el raptor no se detuvo. ¡Y no podía disparar contra él por temor de herir a la muchacha!

Sin siquiera detenerse a vestirse se lanzó fuera de la habitación. Corrió escaleras abajo y encontró a Jervis que también salía, con una bata sobre el pijama, alarmado por el disparo que había sido claramente audible.

—¡Se llevan a la señorita Marks! —le gritó, mientras corría hacia la entrada. Pero no pudo salir, porque la puerta estaba ya cerrada con llave, aunque Jervis la tenía en la mano y nerviosamente trataba de introducirla en la cerradura.

Lasiter se la arrebató de un manotazo y él fue quien abrió. Justamente cuando alcanzaron el exterior, un coche se ponía en marcha y Lasiter comprendió que no conseguiría alcanzar a los que se escapaban en él.

Volvió a la casa.

Lo primero que hizo fue telefonear a Colé, para que se le reuniera, y también avisó a la Policía local. Había que dar rápidamente la alarma para cerrar todos los caminos por los que pudieran huir con la joven secuestrada.

No tardó en llegar Colé y también la Policía local. Lasiter, ya vestido, dio sus órdenes y también fue alertado el

F. B. I.,

en Harrisburg.

Pero el golpe más rudo lo recibió, indudablemente, Raymond Marks cuando regresó a su domicilio. Al divisar un agente en la entrada de la finca, le interrogó:

—Soy Raymond Marks. ¿Qué ha ocurrido, agente?

—Prefiero que entre, señor Marks, y dentro se lo explicarán.

La explicación corrió a cargo de Ward Lasiter. Cuando terminó, el industrial aparecía totalmente abatido.

—¿Por qué, Lasiter? —preguntó casi sin fuerza—. ¿Qué es lo que quieren ya de mí? ¿No les basta con lo que han hecho? ¿Es que no cesarán hasta que me hayan hundido totalmente?

—Posiblemente eso es lo que desean, señor Marks —fue la respuesta del federal.

Jerome Colé, en un aparte con su compañero, le comentó:

—Eres único para dar ánimos, chico... Has pulverizado al viejo con tus palabras.

—No era esa mi intención. Y puede ser que en esas palabras que hemos cambiado me haya hecho ver mucha más luz que en todo lo que llevo frotándome los ojos sin conseguir otra cosa que ponerlos al rojo vivo. ¿Qué hay de la llave?

—Aquí no saben nada sobre ella. El teniente me acompañó a ver a los directores de los dos Bancos locales. No la conocen, pero uno de ellos me aconsejó que fuésemos a Harrisburg. Cuando menos, le ha parecido muy similar.

—Será lo primero que hagamos por la mañana, Colé. También espero que en la Delegación tengan algo para mí. Ahora, creo que lo

mejor será irnos a dormir. De todas formas, hasta que sea de día no podremos movernos.

—¿Vas a abandonar la búsqueda?

—La alarma está dada. Si algo ocurre, nos avisarán. También necesitamos dormir.

Jerome Colé encontró un tanto extraña la aparente calma de su compañero. No podía suponer que si bien en el interior de Ward Lasiter rugía un volcán, la seguridad de saber cuáles habían de ser sus pasos le hacía contenerse. ¡Ya llegaría su momento!

La llave correspondía a una caja de seguridad en uno de los Bancos de la capital. El

F. B. I.

consiguió el oportuno mandamiento y la caja fue abierta. En su interior, aparte de unos sobres conteniendo un repulsivo material de extorsión, donde algunos nombres famosos se hallaban involucrados, encontraron también quince mil dólares en billetes de cincuenta y cien.

—El precio del trabajo. Creo que Friborg le hubiera dado otro destino, especialmente teniendo junto a sí a Belice Ramsay...

—¿Qué quieres decir?

—Lo que siempre imaginé: no es Friborg nuestro hombre.

—Entonces, ¿por qué ha huido?

—Pudo tener varias razones: pudo hacer lo de la chica y... ¿dirías tú que Silvia ha huido? Pues tampoco sabemos dónde está.

—Pero sabemos que la han secuestrado. ¿Acaso...?

—Todo podía ser —repuso Lasiter, respondiendo a la pregunta no formulada por su compañero—. Nos enfrentamos a un cerebro muy hábil, Colé... Demasiado hábil, aunque también tenga sus fallos. ¡Los aprovecharemos!

En la Delegación iban a mandar a un hombre para localizarlos. Acababa de llegar un correo especial de Washington con un sobre de gran tamaño para Ward Lasiter.

Lo abrió y una docena de grandes fotografías cayeron sobre la mesa. Lasiter las pasó rápidamente hasta quedar con una en sus manos.

—¡Ajá! ¡Aquí asoma su ojo el Argos traidor!

Mostró a Colé una vista de la terraza de una casa donde con toda nitidez se apreciaba el extremo de un potente teleobjetivo, en

forma de tubo negro y alargado.

—Apuesto cien a uno sobre la dirección que este bazooka señala: un tablero de dibujo en la «Marks».

—¡Lasiter! —gritó Colé, sin poderse contener—. ¿Vas a decirme que sabes también dónde está este chisme?

—Nos lo dirán estas otras fotografías.

Efectivamente, otra de ellas era una vista aérea de una moderna construcción. Y en otra de ellas se veía una carretera y el emplazamiento de la finca era fácilmente localizable.

—Y aquí también debe estar Silvia Marks... —añadió Lasiter.

—¿Asaltamos esa cabaña?

—¡Hum! Hay algo que no entiendo: el rapto de Silvia. ¿Para qué la necesita, si es quien yo pienso?

—¿Lein?

—Lein fue quien la raptó. Pude reconocerle cuando huía anoche. Pero Lein es solamente un hombre bien pagado. Ha cobrado ya quince mil dólares por su primera parte en la actuación... Y es posible que se le haya prometido mucho más cuando todo termine.

—¿Y cuándo crees que terminará?

—Puede que muy pronto. Si todo es como yo supongo, ya no es necesario más que un pequeño empujón para que la «Electronic Company Marks» se derrumbe...

—¿Es lo que están buscando, Lasiter?

—Bueno, al hundirse la «Marks», su director también se irá al infierno de cabeza... Una de las dos cosas puede ser el objetivo, o ambas... Volvamos a Reading.

Y en el «Mercury» emprendieron el regreso.

Encontraron a Jervis nada más en la casa. El señor Marks se había marchado a la planta, pero había dejado dicho que si Lasiter regresaba, que le llamase.

Así lo hizo el federal.

—¡Tengo noticias, Lasiter! Alguien me ha llamado por teléfono para avisarme que tiene a Silvia. No le ocurrirá nada si hago lo que ellos me indiquen.

—¿Le han dado sus condiciones?

—Sí... Sí me las han dado, Lasiter... ¡Y no puedo aceptarlas! ¡No puedo hacerlo!

—¿Qué otro proyecto secreto le piden, Marks?

La voz del industrial sonó con asombro.

—¿Cómo... cómo sabe que me piden...?

—No era difícil de suponer. ¿Quién más sabe de la llamada?

—Cari Comert. Está conmigo ahora...

—Está bien, señor Marks... No se preocupe que todo se está acercando al fin... Supongo que le habrán advertido que recibirá las instrucciones para entregar el plano, ¿no es así?

—En efecto.

—Pues procure tranquilizarse y espere esas instrucciones... Yo tengo otras cosas que hacer. Más tarde iré a verle.

Explicó a su compañero lo que ocurría, aunque él ya había podido interpretar sus respuestas.

—¿Qué hacemos, Ward?

—Pediremos al teniente de la Policía de Reading que nos acompañe... Vamos a cegar a Argos.

—¿Y la chica? ¿No pondremos en peligro su vida si le cercamos tan abiertamente?

—Si yo solo no me estoy poniendo una venda en los ojos, creo que Silvia no corre peligro, por ahora... Y a menos que surja un imprevisto, no lo correrá nunca. Quisiera decir igual sobre Howard Friborg...

Jerome Colé miró a su compañero sin entender mucho lo que acababa de decir, pero ya el agente especial Ward Lasiter caminaba a grandes zancadas hacia el exterior.

—Creo que aunque perdamos unos minutos en comer algo, no se modificarán mucho las cosas. Colé —dijo Lasiter, deteniéndose ante una cafetería—. Encárgame una buena chuleta, poco hecha, y un montón de patatas fritas... Ahora mismo vuelvo.

Con asombro vio Jerome Colé cómo su amigo entraba en el Banco más importante de Reading. No tardó en aparecer y su rostro estaba sonriente.

—Te aseguro que tengo un apetito de lobo... ¿Dónde está mi chuleta?

—Ahí la traen.

Tras la comida, en la que Ward eludió toda clase de explicaciones, fueron a la Policía. El teniente se puso a su disposición con los hombres que Ward indicó. Reconoció la cabaña de la fotografía y subió en el coche de los federales para marcar el

camino.

Dejando los vehículos a cierta distancia, los hombres de la Policía rodearon la finca. Estaba un poco aislada de las restantes viviendas y fue fácil formar un férreo cerco.

Jerome Colé se asombró de la despreocupada forma en que su compañero se acercaba a la vivienda.

—¿Te has vuelto loco?

—Quiero comprobar todo lo contrario, Colé... Además, no hay nada malo en que dos caminantes se acerquen a una casa para pedir un informe...

—Salvo cuando los caminantes son del

F. B. I.,

y en la casa se esconde un secuestrador que vendrá a darles los informes con plomo bien caliente...

—Estoy empezando a mudar de opinión sobre Lein... Creo que nuestro amigo se ha reformado y ahora ya es un buen chico... Seguro que no va a hacer nunca más daño a nadie...

Habían alcanzado la entrada de la vivienda sin que nada ni nadie les molestara. Y la puerta no estaba cerrada.

Entraron, pero no hubieron de caminar demasiado. Sobre la alfombra del pequeño vestíbulo yacía un hombre. De su pecho habían florecido dos sangrientos rosetones, ahora de color casi marrón. Era Albert Lein y hacía tiempo que estaba muerto. El cadáver estaba ya frío.

—¡Es Lein! —gritó Colé—. ¡Y tú esperabas hallarle así!

—No lo niego. Como igualmente esperaba que no hallaríamos a la muchacha. Pero aquí se acaban mis dotes de adivinador. Ahora me gustaría saber dónde la ha metido ese maldito... Y también lo que hizo con Friborg...

—¿Quieres decir que sabes...?

—¡Bah! Con una teoría no puedo detener a nadie, Colé. Me hace falta algo más consistente, pero confío en hallarlo. El camino se está estrechando y acabará siendo un callejón sin salida... Con toda su estupenda visión, no podrá encontrar lugar para salir... Y ya va siendo hora de que avisemos al teniente y a sus hombres...

—Antes, dime una cosa: ¿por qué sabías que Lein estaría... cómo está? Anoche le has visto vivo, cuando raptó a la chica...

—Pero su trabajo tocaba a su fin. Y su profesión era algo que

nunca le permitiría salir con vida de este asunto: ¿olvidas que era un chantajista? El hombre que le pagó este trabajo no podía vivir en sus manos... Solamente le quedaba una salida: ¡matarle!

—Voy a llamar al teniente.

—Mientras, registraré la casa... No espero hallar gran cosa en ella, salvo ese magnífico equipo fotográfico... Nuestro hombre es un derrochador, aunque supongo que ya es difícil tener que trasladar en un solo viaje dos cuerpos y por ello no pudo llevarlo todo. Posiblemente habría pensado volver por ello... cuando pudiera hacerlo.

Regresó Colé con los hombres de la Policía cuando ya Lasiter comprobaba la potencia de alcance del enorme teleobjetivo. Pudo ver con toda nitidez un vacío tablero de dibujo en la sección de «Proyectos» de la «Electronic Company Marks»: el de Howard Friborg.

—Una maravillosa panorámica... —Fue el comentario del federal.

Se reunió con los restantes visitantes de la cabaña.

—Puede llevarse el cadáver, teniente. Y mantenga un par de hombres de guardia en la casa. No creo que nadie venga, pero hay que vigilar un aparato instalado en la terraza. Vendrán de Harrisburg a desmontarlo y entonces pueden irse sus agentes. Ahora, nos marchamos nosotros.

Volvieron a su coche y emprendieron el regreso a Reading, si bien antes de llegar a la ciudad, cuando alcanzaron la bifurcación de las carreteras, Lasiter tomó la que conducía a la «Marks».

—¿Y ahora, Ward?

El aludido sonrió.

—Te olvidas que solamente hemos descubierto la forma en que obtenían las copias de los planos, Colé... Pero tenemos pendiente una desaparición y un secuestro, al tiempo que estamos a la espera de las noticias del secuestrador. ¿Qué hará cuando sepa que hemos descubierto lo de la cabaña?

—Creo que ya contaba con ello, aunque no pensó que lo hiciéramos tan rápidamente. De todas formas, todo sigue apuntando hacia Friborg como culpable y en tanto no diéramos con él... Nuestro amigo puede sentirse completamente tranquilo. Su juego sigue adelante, pero no sabe que le quedan muy pocas manos,

Colé... ¡Muy pocas!

—Por tus palabras hay que deducir que conoces al que estás buscando. Pero también veo claro que no vas a soltar prenda, así que me armaré de paciencia...

—Es una buena virtud, Colé... ¡Buenísima! —rió Lasiter.

El «Mercury» franqueó la barrera de seguridad de la planta y no tardó en estar aparcado en el lugar destinado a ello.

—Veremos a nuestros amigos. Y esperemos que ya se hayan recibido las órdenes para la entrega de los planos.

VIII

EL comandante Rollins salió a su encuentro.

—¿Hay novedades, Rollins?

—Creo que sí, señor Lasiter... Cuando menos, el alboroto que están formando el señor Marks y Comert, creo que se puede escuchar desde Reading...

—¿Motivos?

—Creo que se han recibido las condiciones del secuestrador.

—Vamos, Colé —indicó a su compañero.

Fueron directamente al despacho de Raymond Marks. Efectivamente, en el interior se desarrollaba una fuerte discusión.

—Hola, Lasiter... —dijo Marks, mirándole interrogadoramente.

—Bien, creo que hemos cegado a nuestro indiscreto amigo...

—¿Qué ha ocurrido?

Lasiter explicó lo de la finca ocupada y todo cuanto en ella hallaron.

—Naturalmente, el individuo estaba muerto.

—¿Friborg? —inquirió Comert con avidez.

—No. Solamente el individuo que trabajaba para él. Un verdadero experto en el arte de tomar fotografías a distancia. Se llamaba Albert Lein y el

F. B. I.,

ya andaba tras sus zapatos...

—¡Fotografías! —exclamó Marks con desesperación—. ¡Otra culpa mía! ¡Nada más que mía!

—¿Por qué, señor Marks? —preguntó el federal.

—¡Porque yo diseñé este edificio! Fié tanto en su seguridad que quise hacerlo como una jaula transparente. ¡Imbécil de mí!

—No se culpe. Al fin y al cabo, no podía evitar tropezar con un

cerebro superior, dedicado al mal...

—¡Bah! ¡Friborg no tiene un cerebro superior! —protestó con evidente desprecio Cari Comert—. Es, y ha sido, solamente un granuja con un poco de suerte... ¿Por qué no ponen en juego toda esa famosa sagacidad de los federales? ¿Acaso la guardan para proteger al presidente y para dar ideas a los guionistas de malas películas...?

—Ya lo hacemos, Comert. Y creo que es asunto nuestro y de nadie más... El culpable va a caer, Comert, ¡se lo prometo!

Sonrió irónico el ingeniero.

—¿Cuándo? Porque no puede darles ya más facilidades, «G-man».

Roba planos, mata una chica, ordena un rapto y mata al hombre que lo hace, ¡todo en sus propias narices! ¿Quieren que venga él solito a que le pongan las esposas? —terminó mordaz.

Jerome Colé fue a intervenir, pero su compañero le detuvo.

—Déjale, Colé... Tiene derecho a expresar su opinión. No te olvides que estamos en un país libre... Pero también nosotros tenemos el de no escuchar sus necedades... Hemos venido a algo más importante... ¿Ha recibido noticias, señor Marks?

—Sí, Lasiter. Un hombre me ha llamado por teléfono, hace quince minutos aproximadamente... ¿No es así, Cari?

—Sí.

—¿Y bien?

—Quiere el proyecto que ya me pidió... Debo dejarlo, o hacer que lo dejen, en un pequeño promontorio de rocas que hay junto a la bifurcación de la carretera, esta noche, a las nueve... Naturalmente, si quiero ver con vida a Silvia, iré solo y no hará nada para entorpecer la recogida.

Hubo un pequeño silencio que rompió el federal:

—¿Qué va a hacer, señor Marks?

El hombre se dejó caer en su sillón y ocultó el rostro entre las manos. Era visible su abatimiento y la lucha que en su interior se estaba desarrollando debía ser demoledora.

Fue Cari Comert quien respondió.

—¡Entregarlo! ¿Acaso puede hacer otra cosa?

—¡Eso será mi desastre total! —protestó el industrial—. Ese proyecto no me pertenece, ¡es del Gobierno!

—¡Tonterías! ¡Y Silvia es su única hija! ¿Acaso no lo tiene en cuenta? Creo que la vida de Silvia vale más que todos los malditos proyectos que el Gobierno pueda hacer o deshacer... ¿No se da cuenta, Marks?

—¿De qué?

—¡Friborg conoce suficientemente ese proyecto para casi no tener que pedírselo! ¡Pero le quiere hundir! Usted sabrá el motivo, pero ello es evidente. ¡Y lo hará! ¡De una forma o de otra, lo hará hasta el fin, Marks!

—¡No puedo ser un traidor, Cari!

—¡Lo será! Entre traidor a su patria o al Gobierno que la está llevando y serlo a su propia sangre, ¡escoja!... Al fin y al cabo, los Estados Unidos no se hundirán por un cerebro, electrónico o de materia gris... Pero ¿y Silvia? ¿Podrá usted construir otra? Para Washington ella no será importante, pero para usted..., ¿no lo es para usted? ¡Diga!

Comert se había exaltado. Sujetaba a Marks por los hombros al tiempo que intentaba hacerle alzar la mirada.

—Ella misma me despreciará, Cari...

—¡Tonterías! ¡Tiene veintitrés años! A esa edad lo único que se desea es vivir... ¡Vivir! ¿Se da cuenta? Y vivir como es debido, no como la encontraremos si no se accede a lo que ese tipo ha pedido por ella. ¡Désele, Marks! Ya haremos otros cerebros, ya compensaremos al Gobierno...

—¡Me destrozarán, Cari! ¡No volveré a sentarme más tras esta mesa!

—¿Y qué? ¿Prefiere hacerlo con la conciencia roída por su cochina traición a su propia hija? ¡Haga lo que quiera, Marks! ¡Pero no cuente más conmigo! ¡Me voy! ¡No quiero mancharme las manos en esa sangre inocente!

Hizo un gesto para retirarse y Lasiter le detuvo.

—¡Suélteme, federal! ¡Usted nunca entenderá lo que acabo de decir! Para usted es primero el que le paga sus cochinos dólares que Silvia. ¡Pero yo no soy igual!

—Puede que se equivoque, Comert... En esta ocasión, yo opino como usted...

El ingeniero le miró con asombro. También Marks levantó la cabeza y exclamó:

—¡Lasiter! ¿Usted... usted me aconseja...?

—Sí, señor Marks... Creo que no hay nada más importante que rescatar con vida a su hija... Lo demás, siempre puede tener una solución... Creo, sinceramente, que debe acceder a lo que ese tipo le ha pedido...

—¡No puedo, Lasiter! ¡No puedo!

—¡Ha de poder!

—No pierda el tiempo, Lasiter... —dijo Comert—. Es tozudo como una mula vieja... ¡Y soberbio! Antepone su orgullo a todo lo demás... ¡Sacrificará a su hija, a su madre si la tuviera, a cambio de seguir siendo el director de la planta! ¿No lo está viendo?

—¡Cállese, Comert! —tronó Lasiter.

—¡De acuerdo! ¡Adiós!

Dando un brusco portazo abandonó el despacho.

Un aire de serenidad pareció llegar a todos los que allí quedaron. La voz del agente especial se dejó oír, cargada de tranquilo tono, procurando ser convincente:

—Tiene que tener confianza en mí, señor Marks... ¿Me comprende? Yo entiendo perfectamente lo que pasa por su interior y tampoco deseo que ese proyecto se entregue: ¡pero es necesario! Necesario para salvar a su hija... y para llegar al final de este maldito asunto.

—¡No la salvaremos, Lasiter! Aunque entregue el plano..., ¿se imagina que la va a dejar con vida? Ella debe conocerle, saber la forma en que podamos hacer algo contra él, y por ello mismo...

—No. Tengo esperanzas de que a su hija no le ocurrirá nada. ¡Pero hay que entregar ese proyecto!

Sonó el teléfono y en el mismo momento se abrió la puerta para que Cari Comert asomara su rostro y empezara a decir:

—Si me necesitan para algo, algo que sea...

Un gesto de Marks le interrumpió. En el silencio que se hizo se pudo escuchar una voz que daba unas instrucciones.

Cuando terminaron de hablarle, Marks colgó.

—Era él —otra vez— para repetirme las instrucciones. Insiste en que si quiero ver viva a Silvia, las cumpla.

—¿Ha reconocido la voz de Friborg?

—No me pareció Howard... La voz es diferente.

—Puede ser disimulada, o bien que sea un cómplice el que le

haya llamado, señor Marks... Pero ello carece ahora de importancia. Tiene que decidir.

—¡Déjenme pensarlo!

—Está bien. Pero no olvide que hay un plazo marcado. A esa hora hay que llevar ese proyecto al lugar donde indican.

—Yo me marchó, señores. Si algo desean, estaré en mi casa.

Era Comert el que hablaba.

—Nosotros también.

Dejaron sólo al ingeniero director y fueron hasta el aparcamiento donde tenían sus vehículos.

—No se preocupe, Comert... No le ocurrirá nada a la señorita Marks. Llamaré más tarde al señor Marks y conseguiré que lleve a su casa el plano que ese hombre le pide: yo mismo iré a dejarlo donde han dicho...

—¡Cuidado, federal! ¡Si intenta alguna sucia jugada suya que ponga en peligro la vida de Silvia...! ¿Me comprende? Si ella muere... por causa suya, ¡yo mismo le mataré!

—¡No sea estúpido, Comert! Podría arrestarle por amenazas a un oficial del Gobierno, pero creo comprender lo que le ocurre... ¿Tanto significa para usted la señorita Marks?

—¡Eso no es asunto suyo! ¡Pero no olvide lo que le he dicho!

Cari Comert subió a su auto y se alejó con rapidez.

Sonriente, Lasiter miró a su compañero, que movía la cabeza en forma dubitativa.

—¿Qué te ocurre, Colé?

—Empiezo a estar más confundido todavía... Aunque no te había dicho nada, tenía una idea sobre la personalidad del hombre que estás intentando atrapar. Pero ahora no me sirve.

—¿Comert?

—Sí —sonrió Colé—. Pero él estaba con nosotros mientras se recibían las instrucciones... Ya no me sirve.

—También estoy pensando en eso: ¿un cómplice?

Jerome Colé negó con el gesto de su cabeza.

—Tú mismo dijiste que los cómplices en estos asuntos son peligrosos. Creo que el único cómplice era Lein y ya sabemos lo que le ha pasado... ¿Esto no descarta a Lein y a Comert?

—Es posible.

—Entonces tiene que ser Friborg...

—No era su voz. Marks la hubiera reconocido...

—Hay modos de disfrazarla perfectamente... Y si no es ése Howard Friborg..., ¿dónde está?

Ahora le tocó a Lasiter el turno para sonreír.

—Es a lo único que puedo responderte, Colé: Friborg está en el mismo lugar donde se halle Silvia Marks... Pero no te estoy diciendo que sea el responsable de su secuestro... Creo que la hora del telón final se va aproximando, amigo mío... Pero antes hay que convencer a ese viejo tozudo de que ha de hacer las cosas como yo le estoy pidiendo...

—¿Qué pretendes, Ward? No es lógico lo que haces y tú lo sabes.

—Simplemente, cebo una trampa... Pero me hacen falta algunas cosas para que el cebo sea completo... Tienes que hacer un viaje a Reading, para hablar con Harrisburg... Llévate el coche y que con la posible rapidez los muchachos de la Delegación consigan lo que te voy a anotar... Tiene que estar en mi poder, cuando menos, media hora antes del momento en que yo salga para llevar los planos...

En una agenda de notas que sacó del bolsillo hizo una rápida anotación y tendió la hoja a su compañero. Colé, al leerlo, silbó.

—¿Con esto montarás tu trampa, Ward? Es casi infantil.

—Pero muy eficaz, ya lo verás... Llévate el «Mercury» y yo me iré con Marks... Tan pronto como lo tengas, reúnete con nosotros en casa de él. Allí te esperamos. Tienes que correr como el viento, Colé... ¡Y ellos también!

—«Okay», Ward...

Y Jerome Colé, al volante del coche de su compañero, se alejó a toda velocidad con rumbo a Reading. Era una lucha contra el tiempo y sabía la valía que los segundos tenían. Por ello trataba de aprovecharlos al máximo.

Ward Lasiter regresó al interior del edificio, para terminar su conversación con Raymond Marks. Se sentía seguro en el terreno que iba pisando. Si todo salía a medida de sus cálculos, no tardaría en haber terminado su misión.

Un leve temor palpitaba en él. ¿Y si estaba equivocado? Lo jugaba todo, más que a las pruebas, que era las que necesitaba conseguir, a su conocimiento del género humano. Pero su intuición podía fallarle y, en tal caso, no solamente estaba arriesgando algo

que por pertenecer al Gobierno debía serle sagrado, sino que una vida joven corría el riesgo de perderse.

Sintió un estremecimiento, pero luchó para vencer la sombra del desánimo. ¡Triunfaría! ¡Tenía que hacerlo!

Raymond Marks alzó la cabeza cuando le sintió entrar.

—Creía que se había ido, Lasiter.

—No, señor Marks: tenemos que hablar... Escúcheme, por favor.

—Si viene a insistir en lo que quiere que haga, ya le dije que debo pensarlo... a solas.

—Creo que, primero, tiene que escucharme, señor Marks... No me olvidé nunca de quién soy ni de mis obligaciones, pero... ¿quiere atenderme?

—Hable, Lasiter.

Por espacio de cinco minutos habló el federal. En los ojos del hombre que se sentaba tras la mesa fue apareciendo una luz nueva, a medida que escuchaba sus palabras. Era una luz de esperanza que hacía ya tiempo que faltaba de sus pupilas.

—¿Cree... cree que dará resultado?

—Confío en que así sea... ¡Y usted debe confiar! Pero también es preciso que siga simulando el estado de ánimo en que se encuentra, señor Marks... El más mínimo fallo lo echaría a perder todo. No se olvide que tenemos que luchar con uno de los cerebros más hábiles y tortuosos que he conocido.

—¡Maldito sea! ¿Quién es, Lasiter? ¡Usted lo sabe!

—Mientras no tenga las pruebas que preciso, no sé nada, señor Marks. Si le acusara sin ellas, se reiría de nosotros, se burlaría de todos... ¿Acepta mi plan?

Marks le miró a los ojos.

—¿Puedo hacer otra cosa?

—No. Pero tampoco se arrepentirá de seguirme... Ya lo verá, señor Marks.

—Entonces, no perdamos tiempo, Lasiter... Recogeré de la caja fuerte lo que ese criminal busca... —dijo Marks, levantándose, pero asaltado por una idea que acudió a su mente, preguntó—: ¿No podríamos sustituir...?

Lasiter le atajó:

—No, señor Marks. Los planos serán examinados..., y cuento con que así sea... No vale dar gato por liebre. No se olvide que

nuestro enemigo es cual un nuevo Argos, salvo que sin la fidelidad del mítico gigante. Aun así, Argos fue vencido y muerto. Esperemos que ahora se repita, puesto que es de mayor justicia...

Acompañó a Marks hasta el departamento donde se hallaba la caja fuerte de la «Electronic Company Marks». El hombre que montaba la vigilancia exterior del recinto de seguridad les dio paso y el ingeniero manipuló en los mandos electrónicos. La caja se abrió.

De entre los innumerables «*dossiers*» que allí se hallaban, Raymond Marks eligió uno de ellos. Lasiter había preparado una cartera portafolios y en ella guardó los documentos que servirían para el rescate de Silvia Marks.

—¿Qué hacemos ahora, Lasiter?

—Tengo que reunirme en su casa con mi compañero Colé. Se ha llevado mi coche y cuento con usted para que me traslade. Ya no tenemos nada que hacer aquí.

—Conforme, Lasiter.

Los dos hombres volvieron a la ciudad.

Jerome Colé no había regresado todavía y el reloj seguía su imperturbable marcha. Pero Ward Lasiter parecía estar tan tranquilo, gracias al absoluto dominio que sobre sus nervios poseía.

Confiaba en su compañero y también sabía que los muchachos de la Delegación de Harrisburg harían hasta lo imposible para colaborar en el intento de alcanzar el final de aquel maldito asunto.

Mucho más desquiciado aparecía Raymond Marks. Constantemente consultaba su reloj y dirigía implorantes miradas a Ward Lasiter, que hacía lo posible por ignorarlas.

Jerome Colé apareció.

En su rostro sonriente adivinó Lasiter que todo marchaba de acuerdo con el plan previsto.

—¡Aquí lo tienes, Ward! —gritó al entrar, alargándole un pequeño paquete que mostraba en alto. Lasiter se lo arrebató.

—¿Todo bien, Jerome?

—«Okay», Ward.

—En ese caso, ya sabes lo que tienes que hacer. Ocupate de ello mientras nosotros damos los toques finales al plan.

—¡No perdamos tiempo, Lasiter! —gimió Marks.

—No se preocupe, señor Marks.

Ambos hombres se encerraron en el despacho del industrial y el agente federal le pidió la cartera con los planos que los criminales pedían como rescate. Raymond Marks la retiró de la caja empotrada de su despacho.

—Este producto —dijo mostrando el contenido del paquete que le había traído su compañero, y que eran unos polvos blancos, parecidos al talco— tiene una característica singular, señor Marks...

El aludido le miró, sin comprender.

—Son prácticamente invisibles, pero todo lo que haya estado en contacto con ellos y luego reciba cualquier tipo de humedad, ¡los transforma en una tinta indeleble! ¿Se da cuenta?

—¿Quiere decir que piensa...?

—En efecto. Vamos a espolvorear los planos con estos polvos, y le garantizo que cuando la persona que los toque, simplemente se lave las manos, ¡asomará a ellas toda la sangre que las tiñe! Le aseguro que nada podrá borrar la mancha, salvo otro preparado que nosotros conocemos...

Con rapidez y sumo cuidado hizo lo que decía. El industrial le miraba fascinado y, al fin, preguntó con cierta mezcla de esperanza y duda en la voz:

—¿Cree... que servirá, Lasiter?

—¡Por supuesto! Nadie puede andar por el mundo con las manos metidas en unos guantes todo el día, toda una semana... ¡Le cazaremos, señor Marks!

—¡Lo que ahora quiero es salvar a Silvia!

—También espero que eso podamos hacerlo...

El rostro del agente del

F. B. I.

pareció reflejar una duda y el industrial lo notó.

—¿Qué ocurre, Lasiter?

—Estaba pensando, señor Marks... Es posible que mi presencia no le guste al raptor de Silvia... Tal vez tema que si un federal aparece en escena, aunque sea para llevar los planos, pueda haber algo de trampa en ello...

—¿Qué quiere decir? ¿Le parece que sea yo mismo el que lleve la cartera?

—No sería mala idea. ¿Qué dice a ello?

—¡Claro que iré!

—Pero sea prudente, señor Marks. Ya sabemos cómo juega ese asesino y no quisiera aumentar su lista. ¿Tiene armas?

—En el coche tengo una pistola...

—Eso está bien. Llévela a mano, pero no la use más que para salvar su vida, si la considera en peligro... Ahora, es mejor que no salga a despedirme... Aguarde unos diez minutos a que yo me haya ido y ya puede ponerse en camino... Llegará con el tiempo justo para la cita...

—De acuerdo, Lasiter.

—Tenga confianza en lo que hemos hecho, señor Marks. ¡No puede fallarnos! ¡Y buena suerte!

Se estrecharon las manos y Ward Lasiter salió.

IX

EN la puerta de la casa se reunió con Jerome Cole, que le estaba aguardando.

—Todo en orden, Ward.

—Perfecto. Pero hay algo más que yo debo hacer, aunque es solamente cosa de un segundo. Vigila que nadie salga y me vea...

Ante el asombro de su compañero, bajó a grandes saltos la escalinata y se perdió un poco en las sombras de la derecha de la casa. Antes de cinco minutos estaba de regreso.

Subieron al «Mercury».

—¿Hacia dónde, Ward? —preguntó Jerome Cole, que había tomado el volante—. El helicóptero que los muchachos de Harrisburg han enviado espera en las afueras de la ciudad. Supongo que a estas horas habrá un buen montón de curiosos por sus cercanías, pero no se trata de un paraguas que pudiera esconder bajo una gabardina.

—No te preocupes. En esta ocasión la premura del tiempo es favorable a lo que pienso... ¡y a lo que deseo que suceda!

—¿No puedes adelantarme nada?

—Ni yo mismo sé lo que va a ocurrir. ¡Pero algo pasará! En este maldito asunto también yo necesito la agudeza de un Argos para ver claro... ¡Esperemos que no me engañe mi visión!

Su compañero se extrañó de la dirección que tomaban, hacia el centro de la ciudad...

—Oye: por aquí vamos hacía...

—Ya lo sé, Jerome. Pero creo que con una simple espera de menos de quince minutos habré despejado una de las incógnitas de mi problema: ¡la principal!

Aparcó el coche en una zona poco iluminada, aprovechando una

bocacalle, y se dispuso a esperar. Su mirada se mantenía clavada en la puerta de uno de los edificios. Minutos más tarde, un coche se detenía ante la puerta. Fue su compañero quien no pudo evitar la exclamación.

—¡Fíjate quién llega, Ward!

Ahora Ward Lasiter sonreía ampliamente.

—¡No me equivoqué, Colé! Solamente había dos formas de jugar mis cartas y he pretendido hacerlo al mismo tiempo. Creo que hemos tenido suerte... Ahora no tardaremos mucho en llegar al final de este sangriento camino...

Como anunciara, su espera no fue muy larga, porque en aquel mismo momento puso en marcha el coche y sorprendió a Jerome Colé, que seguía al volante, con el zumbido del motor.

—¿Qué esperas, Colé? Vamos donde tienes ese maravilloso pajarito. Cuando lo pedí lo hice pensando que me serviría para las dos posibles soluciones del enigma...

Colé llevó el «Mercury» hasta donde se hallaba posado uno de los helicópteros que en ocasiones utilizaba el

F. B. I.,

y que la Delegación de Harrisburg había puesto a su disposición. Uno de sus compañeros lo tripulaba.

—Cuando quieras puedes elevarte... —dijo Lasiter, después de haber saludado al piloto y de subir los dos federales recién llegados.

—Tendrás que dar un pase por la calle principal... Si no encuentro lo que buscamos, nos dirigiremos hacia la carretera que se dirige al valle...

—¿Puedo saber lo que hemos de buscar? —preguntó el piloto.

—Será Cole quien te lo diga: él lo ha hecho...

—Una gran cruz luminiscente en el techo de un coche negro... Supongo que se verá bien, aunque he estropeado uno de mis mejores pañuelos para hacer con él un rudimentario pincel... ¿Quién pone un pañuelo en la cuenta de gastos?

—Cualquier agente que esté resfriado...

—¡Ahí lo tenéis! —avisó el piloto.

En aquel momento, el coche marcado de la forma que dijera Jerome Cole se ponía en marcha. En su techo plano, los dos trazos de la cruz eran perfectamente visibles.

—Esperemos que no se dé cuenta del indicador que lleva...

El aparato hubo de maniobrar en círculos mientras que el coche perseguido rodaba por las calles de la ciudad. Luego, cuando enfiló la carretera, aumentó su velocidad y ya se le pudo seguir en línea más recta.

Cuando le vieron desviarse de la carretera principal, Cole no pudo evitar su comentario:

—¿Pero qué dirección ha tomado?

—La mejor para nosotros, Colé; la que nos llevará al final.

Durante diez minutos, el coche siguió en línea recta. A lo lejos se veía el plateado destello del río y, de no torcer su rumbo, el coche se vería cortado el camino por el cauce de agua.

—Se va a detener.

—Eso está bien. Ahora, tendrá que esperar cierto tiempo, si bien no creo que sea mucho... ¿Están listos los paracaídas, Colé?

—Están ahí detrás.

—Pues ya podemos ir poniéndolos. Ahora hay que vigilar la llegada de otro coche, que solamente nos puede guiar por la luz de sus faros. Pero no será difícil localizarles, porque irá derecho hasta donde espera el otro vehículo... ¡y el que lo ha traído hasta aquí!

Las luces del coche que Ward Lasiter esperaba no se hicieron esperar demasiado.

—¡Ahí está el otro coche!

—Entonces, ¡ya podemos saltar nosotros, Colé!

Comprobaron que los atalajes de sus paracaídas estaban en orden y el piloto recibió orden de remontarse algo más.

—¿No prefieres que os baje yo mismo a tierra, Lasiter?

—No. Si el ruido del motor nos denuncia, todo se habrá perdido. ¡No viene mal un salto a estas horas!

—De acuerdo. Os avisaré cuando alcance las quinientas yardas y creo que será buena altura.

—Correcto.

Poco más tarde, dos bultos surcaron el aire y cuando las setas de seda se abrieron, Ward Lasiter comprobó que el aire no le forzaba a separarse de su compañero y que les permitiría caer en una distancia no muy lejana del trazo luminoso en forma de cruz que sobre el techo de uno de los coches les servía de orientación para su caída.

Hizo un gesto con la mano y Colé se lo devolvió de igual

manera. Se sentía contento. Al fin ya estaba acercándose a la difícil meta, y aunque todavía le faltaba conseguir lo más importante: las pruebas, presentía que todo ello se hallaba en aquella cabaña que por momentos resultaba más visible para los que descendían y sobre la que parecía que iban a caer en doble impacto.

¡Eso no era lo que pretendía!

Manejó las cuerdas y consiguió desviarse. A menos de treinta yardas de distancia, Jerome Colé le vio la maniobra, y cuando por señas le indicó que le imitara, así lo hizo el otro federal.

Ward Lasiter fue el primero en caer en tierra. Consiguió dominar el hongo de seda, y cuando llegó Jerome Colé, ya casi se hallaba en disposición de prestar ayuda a su compañero.

—¿Qué hacemos, Ward?

—Esperar. Realmente, casi no era preciso que estuviésemos aquí, si todo va como supongo. ¡Pero no quiero fallos! Estaremos al tanto pero ¡no lo olvides!: no hemos venido para intervenir. ¡Solamente a vigilar!

Jerome Colé no le respondió. Estaba acostumbrado a cumplir las órdenes que recibía y suponía que su compañero tenía sus motivos para actuar como lo hacía.

¡Bang! ¡Bang!

Primero sonaron dos disparos.

¡Bang!

Luego fue uno solo.

Colé había empuñado su arma, pero vio cómo Ward Lasiter se limitaba a sonreír y ni siquiera acercaba la mano al lugar donde llevaba su arma.

—No es nuestra hora, Jerome... ¿Por qué te has vuelto tan impaciente? Todavía tenemos que seguir esperando.

El camino era malo, pero Cari Comert lo conocía bien. En una época no muy lejana había acudido con frecuencia hasta aquella parte del valle, para practicar la pesca en el río. Incluso recordaba perfectamente la cabaña a la que tenía que dirigirse.

Cuando los faros de su coche la iluminaron, vio también que del interior escapaba un leve resplandor. ¿Le estarían esperando? La idea no le agradó, pero tampoco sirvió para que el pánico se adueñara de él.

¡Llegaría al final!

Pero era todo tan extraño. De no haber sido porque el mismo Raymond Marks le había pedido que interviniera en aquello, se hubiese negado a admitir que las cosas fuesen tan simples como empezaban a parecerle. ¿Cómo no pensaron en la vieja cabaña?

—¿Estaría allí Friborg? Si así era, ¡no podría contenerse!

Dejó el coche y avanzó hacia la entrada de la cabaña. En su mano se balanceaba ligeramente la cartera con los planos, que el mismo Raymond Marks le había llevado a su casa. ¡Los auténticos planos! Él los había visto porque se negó a llevar unos simples papeles que pusieran en peligro la vida de Silvia.

Empujó lentamente la puerta que chirrió en sus goznes por falta de grasa.

En un instante recorrió el interior y un grito escapó de sus labios cuando un viejo camastro de tablas descubrió la figura femenina.

—¡Silvia!

Corrió hacia ella, arrojando al suelo la cartera. Ni siquiera reparó en el otro camastro gemelo donde un cuerpo se había movido levemente al escuchar su grito. El cuerpo de hombre, macilento, con una barba muy crecida y con los pies y manos amarrados por fuertes ligaduras.

—¡Enternecedor, Cari!

Las palabras habían sonado a su espalda. Se giró con rapidez y el asombro le inmovilizó al ver la figura que había aparecido en el marco de la entrada... ¡y la pistola con la que le amenazaba tan ostentosamente!

—¿Qué... qué significa...?

—Siento no tener tiempo para explicártelo, querido Cari... Y es una pena que, a pesar de tu gran inteligencia, tampoco llegues nunca a comprenderlo... ¡Porque todo se acabó para ti!

¡Bang! ¡Bang!

Fueron los dos primeros disparos que los federales escucharon.

Mientras que Cari Comert, con una indescriptible expresión de asombro en su rostro se doblaba lentamente, volvió a escucharse un nuevo disparo.

¡Bang!

Fue el tercero que había sonado en la noche.

—Naturalmente, también tenía que acabar para ti, mi pobre Howard... Una vez más, el fin justifica los medios...

Esta vez el arma se había dirigido hacia la figura que, amarrada, yacía sobre el camastro paralelo al que utilizaba la joven como lecho.

Con todas precauciones la figura avanzó y empujó con el pie el caído cuerpo de Cari Comert hasta dejarlo cara al techo. En su pecho, justo encima del corazón, una mancha rojiza iba aumentando de tamaño.

Con un blanco pañuelo, el asesino frotó cuidadosamente el arma, borrando de ella toda posible huella. Luego, la colocó en la inerte mano del hombre caído.

—Todo en orden. Cari...

Luego se fue hacia donde yacía la muchacha, comprobando su pulso. Levantó uno de los párpados femeninos y, por último, sin gran esfuerzo, la cargó sobre sus hombros y con ella se dirigió a la salida. Antes se ocupó de recoger la cartera.

Había aparecido una débil luna que fue suficiente para que la figura del hombre, con su femenina carga, quedase recortada al contraluz cuando caminó siguiendo la orilla del río.

Desde donde los dos federales se hallaban agazapados, pudieron ver el extraño grupo.

—¿Qué hacemos, Ward? —susurró Jerome Colé.

—Esperar.

—¿Y vas a dejar que se escape? ¡Ha matado a...!

—No te preocupes, Jerome: ¡no escapará!

Una vez más resultaba poco comprensible la actitud de su compañero, pero Jerome Colé no replicó. Siguió viendo cómo el hombre que cargaba a la mujer se iba fundiendo en la niebla que lentamente subía del río.

—Creo que ya podemos ver lo que ha pasado ahí dentro... —dijo al fin Ward Lasiter.

X

WARD Lasiter llegó sólo a la fábrica de Raymond.

Marks, al volante del «Mercury». Poco antes de la entrada fue rebasado por un vehículo a cuyo volante distinguió a Zena Riscoll, que pareció no reconocerle, debido a la gran velocidad que llevaba.

El comandante Rollins, el jefe de Seguridad, salió a su encuentro y le saludó:

—Celebro verle, señor. ¡Le he estado buscando por toda la ciudad!

—¿Qué ha ocurrido, Rollins?

—¡La señorita Silvia ha sido rescatada, señor! Ha sido el propio señor Marks el que ha aparecido con ella. Está como drogada, pero el médico...

Lasiter no le dejó terminar:

—¿Están en el despacho?

—Sí, señor.

El agente federal se dirigió hacia el lugar que había dicho.

Cuando abrió la puerta pudo ver a la joven tendida sobre un amplio diván. En aquel momento salía de la estancia uno de los médicos de la factoría.

Zena Riscoll abrazaba a Raymond Marks, que al ver llegar a Lasiter salió a su encuentro.

—¡Gracias a que ha aparecido, Lasiter!

—¿Qué ha ocurrido, señor Marks? Ya veo que su hija está a salvo...

—¡También lo están los planos! Ya los he guardado en la caja de seguridad...

—¿Le importa referirme cómo han ido las cosas? —dijo Lasiter con cierta sequedad. Parecía que le molestaba que Raymond Marks

hubiera podido resolver las cosas por sí solo.

—Llevé la cartera al punto indicado... ¡Pero tuve una mala tentación!

—¿Qué tentación?

—¡Ocultar el coche y esconderme para espiar al que fuese a recoger los planos!

—¿Se da cuenta de que con ello ponía en peligro la vida de su hija y todo nuestro plan, señor Marks?

—¡Ahora lo comprendo, Lasiter! Y me doy cuenta de que tiene motivos para estar enfadado conmigo, ¡pero no pude evitarlo!

—¿Qué ocurrió después?

Raymond Mark hizo un prolijo detalle de cómo había espiado la llegada de la persona que fue a recoger la cartera. ¡Cari Comert!

—¿Pudo seguirle?

—Sin dificultad. Conozco el valle palmo a palmo y comprendí que su destino era el emplazamiento de la vieja cabaña junto al río. Llevaba la pistola y le adelanté para esperarle. ¡Y allí estaba Silvia y también Howard Friborg! ¡Era inocente!

—¿Era?

El rostro del industrial se ensombreció.

—Yo sorprendí a Comert pero él me arrebató el arma. Luchamos de nuevo por ella y un disparo, cuando todavía la tenía en su mano Cari, mató a Friborg... ¡Y yo maté a Cari Comert! Creo que fueron dos disparos, pero no me pregunte cómo ocurrió, porque apenas si puedo decirlo. ¡Ha sido horrible, Lasiter!

Zena le abrazó más estrechamente.

—¿Le preocupa la muerte de Comert, señor Marks?

—¡Por supuesto que sí! Y aunque ha sido algo inevitable, si es preciso que yo comparezca...

—Olvídese de esas muertes, señor Marks... ¿No lo tiene preocupado nada más?

El hombre se separó de la mujer y avanzó hacia el federal. Se dio cuenta de cómo Ward Lasiter posaba su mirada en el inanimado cuerpo de Silvia Marks y dijo:

Y mi hija, naturalmente. Pero el médico dice que solamente está dormida...

—Yo también me preocupo por su hija, señor Marks... ¿Hasta qué punto se va a ver alcanzada por las responsabilidades de su

padre?

Raymond Marks palideció.

—¿Responsabilidades?

—Traicionar al país, robar secretos industriales de interés militar y asesinar, son graves responsabilidades todas ellas...

—¿Qué locura está diciendo, Lasiter?

La respuesta que obtuvo fue un grito de Zena Riscoll. La mujer había estado mirando momentos antes por uno de los ventanales y ahora se apartaba de él casi con horror.

—¡Has caído en una trampa, Ray! ¡Acabo de ver a Comert! ¡Y viene con la Policía!

Ward Lasiter asintió:

—Así es, señor Marks. Una trampa que dispuse cuando todavía no conocía la pieza que iba a caer en ella. ¿Usted? ¿Comert? ¿Friborg? ¿La señora Riscoll? Incluso sospeché de su misma hija, y no lo digo con orgullo. Realmente, era yo el que necesitaba ser un Argos para conseguir localizar la verdad entre tanta mentira con visos de realidad...

Raymond Marks pareció desplomarse. ¡Pero Zena Riscoll no! Del bolsillo de su elegante abrigo sacó un arma que empuñó firmemente y con la que amenazó al agente del

F. B. I.

—¡No se mueva, federal! ¡Todavía no nos ha cogido! ¡Pero antes le voy a matar yo misma, como maté a Lein!

El industrial parecía ajeno al drama que se estaba desarrollando ante él.

—¡No puede ser! Yo vi caer a Comert y vi las heridas en su pecho... ¡Dos balazos!

—Dos heridas hechas con balas especiales que me encargué de poner en su pistola, Marks... Mezcla de glicerina, un poderoso anestésico y un producto que simula ser sangre... Algo como estoy seguro que ahora también hay en las manos de Cari Comert, ya que se preocupó de hacerle tocar los planos, cuando le visitó para pedirle que fuese a la cabaña, como si aquél hubiese sido el lugar señalado por el secuestrador de su hija...

—¡No podía ser de otra forma! —dijo, abatido, Raymond Marks.

—¿Por qué lo hizo? Usted no es un loco ni tampoco era un criminal... ¿Fue... por ella?

Con la mirada señaló Lasiter a la mujer.

—¡Fue por defender su derecho! —gritó ella—. Pero ¿qué le puede importar ya eso, federal? ¡Voy a matarle! ¡Le odio, como a todos los polizontes!

—Es posible. Y tal vez también haya motivo para que todos los policías del mundo volvieran a molestarla. Quizá tuvo mucha suerte en lo de su esposo, ¿eh, señora Riscoll?

—¡Claro que la tuve! Ahora, ¿qué importa que lo sepa? ¡Le voy a matar! ¡Era lo único que se merecía! ¿Se entera?

La voz de Raymond Marks sonó llena de amargo reproche:

—¡Zena! ¿Pero no me juraste...?

—¡Cállate, imbécil! Tenía que darme cuenta de que contigo las cosas no podrían salir bien... ¡Merecías que te hubiera dejado a tu suerte! ¿Y cuál era esa suerte, di? ¡Cualquier día ellos te hubieran echado de tu propia fábrica!

—Había otros caminos, Zena... —dijo el hombre que en el transcurso de unos minutos parecía haber envejecido años.

—¡Claro que los hay! ¡Y los vamos a tomar! Ahora sí nos llevaremos los secretos de tu famosa caja... ¡Pero sin sentimentalismos! Yo sé bien dónde los pagarán en forma que no tendremos que preocuparnos de más...

—Supongo que él sí tiene que preocuparse, señora Riscoll... Al menos, en su lugar, yo sí me preocuparía... —dijo Lasiter con mordacidad y sin preocuparse del arma que le apuntaba. La mujer llegó al colmo de su paciencia.

—¡Muere de una vez, bastardo!

En su rostro se dibujó el ansia de matar que la dominaba, y cuando el dedo se curvó definitivamente sobre el gatillo, lo hizo con ansia, nerviosamente y fueron varios los disparos que estremecieron el aire del despacho.

¡Pero las balas no llegaron a Ward Lasiter!

Con un grito desesperado, Raymond Marks había comprendido la intención de la mujer, y en un último gesto expiatorio, dio un increíble salto y se colocó frente a la trayectoria de los disparos.

Su cuerpo se agitó sacudido por los dolorosos impactos y cuando empezó a doblarse lentamente, adelantadas las manos en un inútil intento de aferrarse al arma que así le arrebatava la vida, el seco ladrido de un arma de mayor calibre, que Ward Lasiter había

empuñado con celeridad, fue como la tardía venganza de su muerte.

¡Pero él nunca lo sabría!

El disparo del agente del

F. B. I.,

fue también terriblemente certero. La cabeza de la todavía bella mujer se inclinó hacia atrás y un negro orificio apareció en su tersa frente.

También ella empezó a caer hacia atrás, pero la proximidad de uno de los ventanales dio otra trayectoria a su cuerpo. Cuando el arma con la que había dado muerte al hombre que arrastró al crimen y la traicionó, rebotó sobre el suelo del despacho, su cuerpo ya se precipitaba al vacío para estrellarse contra las losas del patio.

Unos pasos apresurados se sintieron llegar. El primero en aparecer fue el comandante Rollins, empuñando un arma. Le iba siguiendo Cari Comert y tras él apareció Jerome Colé.

Con la mirada interrogaron todos al agente federal. Éste se dirigió solamente a Cari Comert:

—Silvia Marks va a despertar de un momento a otro... Creo que necesita a una persona que esté entonces a su lado... y le dé la explicación que menos daño le haga. ¡Hay muchas formas de explicar las cosas!

—¿Decirle la verdad?

Ward Lasiter se encogió de hombros.

—Yo sí tengo que decir la verdad en el Informe a mis jefes, pero nuestros informes no están al alcance de cualquiera. De todas formas, ¿cree que yo mismo conozco la verdad?

La muerte había puesto un velo sereno en el rostro de Raymond Marks. ¿Era aquella LA VERDAD?

FIN

NUESTRO PROXIMO TITULO:

Cobalto 60

MORTIMER CODY

Las tres mujeres quedaron con Harvey McMath, quien empezó a sentirse un poco incómodo. Tres hermosas mujeres que le miraban, y una de ellas, Margit, que le aferraba un brazo, de un modo muy significativo.

Virginia, sonriendo, dijo:

—Deberíamos sortearte, Harvey.

—Esto... Como broma...—intentó sonreír Harvey.

—No creas. No es mala idea.

—Protesto—dijo Margit.

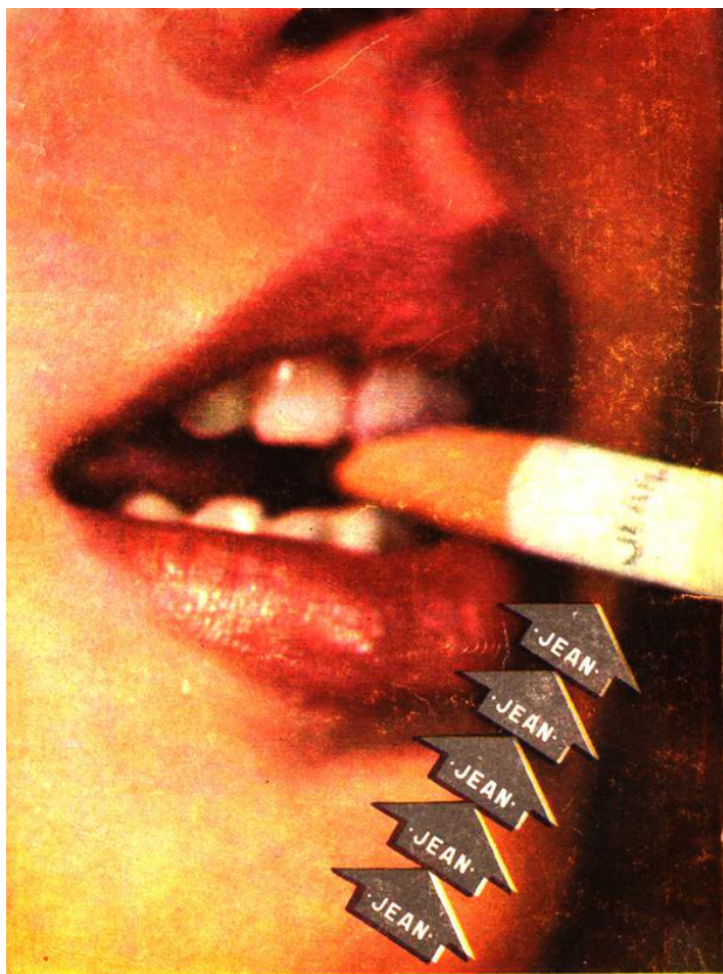
—Me... me parece que no me encuentro muy bien...—dijo Harvey.

—Me temo que estáis asustando al señor McMath—intervino Donna—. Es verdad que esto debería animarse un poco más los fines de semana, pero... Por cierto, Virginia: esta semana alargaremos nuestra estancia en el cayo. Tu tío tiene un estudio importante que realizar sobre unos elementos radiantes, y prefiere el sosiego de esta islita.

—Magnífico, Donna. No será tan aburrido... En fin, y lamento, por otro lado, que hayas desviado la conversación a propósito de Harvey...

Se aburrían los fines de semana. Pero..., ¿siempre? Tal vez no todo fuese tan apacible en aquel cayo bucólico.

F.B.I. 925-4





EDITORIAL ROLLAN, S.A.

Amaro García, 17 • Madrid-5

10
Ptas.

